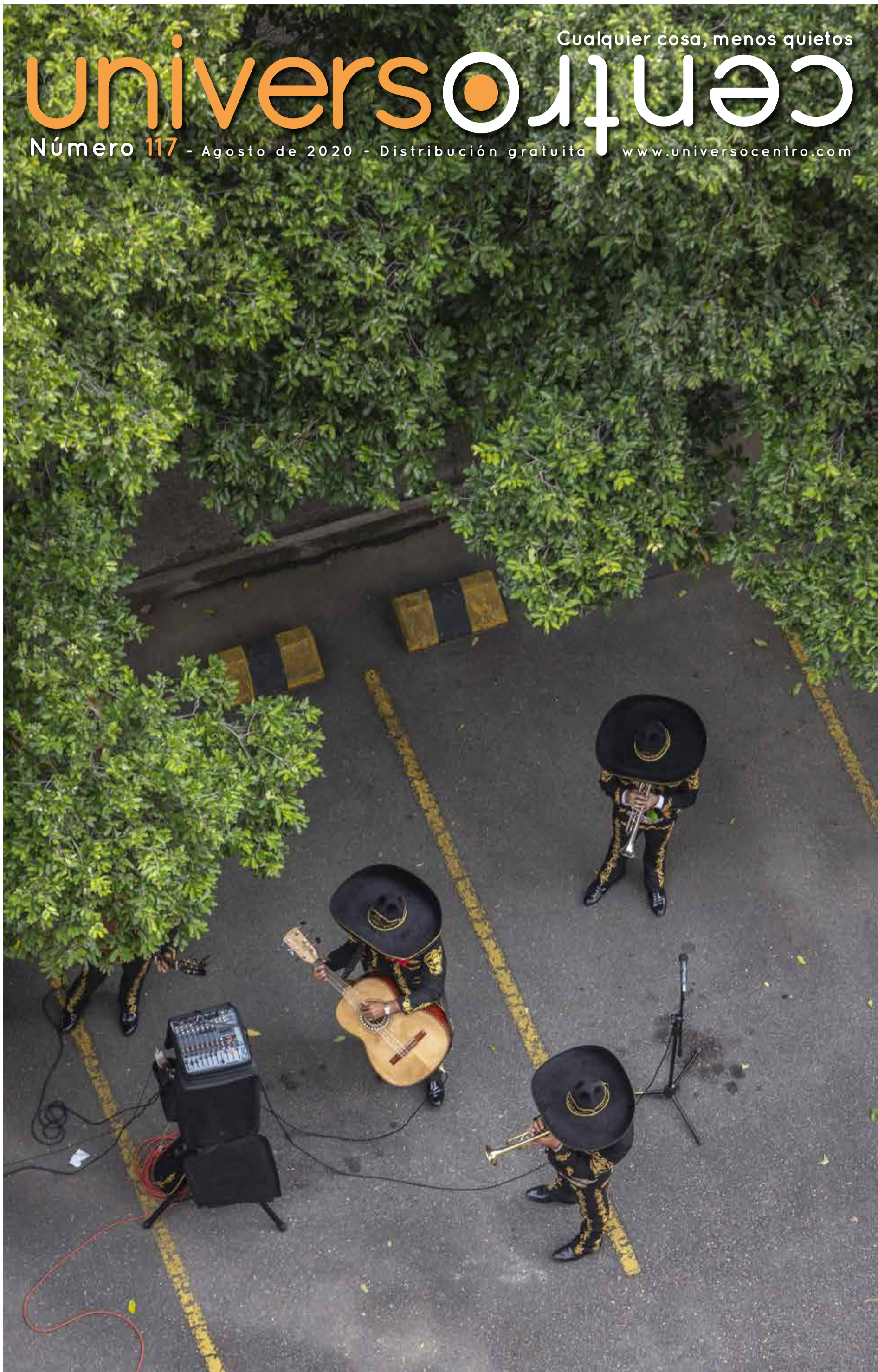


universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 117 - Agosto de 2020 - Distribución gratuita www.universocentro.com



Coaliciones y colisiones

Todo comenzó con unas pocas alternativas. Alguna razón hizo que la ciudad relegara sus asuntos públicos, aplazara discusiones políticas, olvidara la fragilidad de ciertas ventajitas presupuestales. La carrera electoral de octubre pasado fue entonces la más simple de las discusiones en una ciudad cada vez más compleja. No hubo un liderazgo cierto desde ningún sector y las mayores audacias de los candidatos surgieron de un juego actoral para mover un video en redes. Medellín tiene mucho de ciudad embelesada con sus gracias, confiada con los aplausos a sus mandatarios y en los mitos regionales. Fue revelador que las figuras políticas que mayor relevancia nacional ejercen desde Medellín (Uribe y Fajardo) fueran solo una sombra durante las elecciones para la alcaldía. Al final fue una decisión un poco a ciegas entre un candidato con una casilla heredada, Alfredo Ramos, y otro con un perfil que apenas se intuía, una incógnita que dejaba ver el empaque, Daniel Quintero. Y el diablo entró, y escogió.

La campaña del elegido fue avalada por 53 000 firmas que supuestamente confirmaban el nombre de su movimiento: Independientes. Pero detrás de las firmas estaba la tarea de su hermano Miguel Quintero, amigo de las alcancias propias y sus ranuras, quien trabajó en la gobernación de Luis Pérez y lo acercó a esa aventura electoral. También llegaron agazapados algunos políticos liberales con audiencia en Bogotá y otros más con votos en Medellín: Simón Gaviria, David Luna, Oscar de Jesús Hurrado y faltan datos de otros municipios. Los godos se escondieron menos pero pidieron más. Ahí estaban Carlos Andrés Trujillo y León Mario Bedoya quienes han tenido la clientela de Itagüí desde hace años, y Oscar Iván Palacio a quien bien se le pagó con el Área Metropolitana para su hijo. Pero no solo estaban las dos banderas partidistas tradicionales. También algunos negociantes por cuenta propia como Gabriel Jaime Rico quien ya tiene fichas en varias dependencias, la secretaría de gestión territorial por decir algo. Pero faltaba algo para el Centro Democrático y por eso un puesto para de Johnny Jaramillo, un jugador polifuncional que también ha tenido tarjetón de La U y campaña con los liberales. Para jugar por todas las puntas le dieron el linder. Luego de la posesión llegó la ayuda de Cambio Radical para llenar las vacantes en la junta de EPM. Quintero se eligió con el aval de un grupo significativo de ciudadanos y con los votos de un grupo significativo de políticos de viaja data. La data y el clientelismo son sus dos fuertes, tecnología y maquiñaria.

Nadie puede negar que el alcalde fue elegido con un buen número de votos de opinión. Ser una opción con posibilidades de triunfo frente al candidato más conservador y marcado con el sello del CD empujó a muchos votantes a marcar al “independiente”. Además, Quintero supo vender su faceta de político rebelde y contestatario, esa fue siempre su cara en medios y redes al tiempo que medraba en las sedes políticas y los escampaderos burocráticos. Federico Gutiérrez había dejado suficientes bravatas autoritarias y señales a la derecha para animar a mucha gente hasta la otra orilla. Una de las grandes calidades del candidato ganador fue su embozo luego de una larga temporada en la capital. Muy pocos conocían en realidad sus mañas de político profesional. Pero muy rápido decepcionó a una buena porción de sus electores ajenos a los intereses de puestos y contratos: la entrada del Esmad en la U. de A., los visos despóticos en sus anuncios frente a la pandemia (cortes de energía, abuso frente al derecho a la intimidad, obligación de conectar cámaras de vigilancia privada al circuito de la policía, pretensiones de imponer mentalidad de informantes entre vecinos), el seguimiento en redes a sus críticos y opositores que demuestra algo de paranoia y descalificación, los intentos por comprar con pauta oficial contenidos a su antojo en medios de comunicación.

Hacia adentro las cosas no fueron mejores. Tres pedidos de facultades extraordinarias al Concejo en solo siete meses. Primero para mover plata a su antojo entre todas las dependencias; después para hacer reestructuración administrativa de la administración, nuevas obligaciones en sillas para sus patrocinadores; y por último, para tener la posibilidad de cambiar el objeto social de EPM y convertirla en una gran miscelánea. Digamos que un político que nunca había sido elegido pretendiera hacerlo todo solo con su firma. También bajó el listón de las exigencias para cargos directivos en entidades municipales y el Área Metropolitana. Era importante abrir camino para quienes venían y no cabían por falta de requisitos académicos, experiencia o formación relacionada con el cargo. En EPM las cosas se hicieron visibles, era inevitable, el tamaño de la compañía hace que todo tenga una dimensión distinta. Dijo como alcalde electo que estaría dispuesto a renunciar a nombrar gerente para dar mayor autonomía a la junta y al gerente. Luego nombró tres miembros de junta, designó al gerente y comenzó a trabajar por su cuenta. Ni juntas ni Concejo. Pretendía un grupo de firmones que le dieran aval



y legitimidad a sus decisiones personales. Para saldar los estragos de la renuncia los señaló de vendidos a la empresa privada y contrarios a los intereses de las Empresas Públicas de Medellín. Lo demás fue intentar conformar una junta directiva que diera confianza, pero fue imposible. Tan mal estuvo el alboroto que el presidente Duque mandó un avión de la policía para llevarlo a Bogotá, en compañía del gerente de EPM, y decirles que la situación era grave, que los líos creados en EPM comprometían a Colombia en muchos sentidos. Pero no los pudieron detener. No debe ser fácil recibir un consejo de Iván Duque.

Lo último ha sido encontrar nuevos aliados y una narrativa para fingir un pulso frente al establecimiento. Llegó Vargas Lleras, los liberales en Bogotá sostienen la caña ante los medios, las casas políticas locales cierran filas y piden pista. El alcalde “independiente” depende cada vez más de las

maquinarias que son ahora su único salvavidas. Pero el alcalde no conoce el sectarismo y le ha sumado algo de populismo al extremo partidismo, porque no es fácil juntar a Cambio Radical, el Liberalismo, los concejales del Centro Democrático, los glotonos conservadores y los olvidados de La U con la Colombia Humana de Gustavo Petro. Todos contra el fantasma del Grupo Empresarial Antioqueño (GEA), una organización maligna que saqueaba a una empresa pública que a pesar de todo le entregó más de cinco billones de pesos al municipio de Medellín en los últimos cinco años, el 20 % de sus ingresos.

Algo hay que reconocerle a Daniel Quintero, revolvió las aguas de la política local, se quitó la máscara muy pronto, armó coaliciones impensables tanto a favor como en contra, despertó un cierto interés por asuntos públicos que parecían resueltos, recordó que el Concejo ha sido por muchos años el cortejo del alcalde y sentó las bases para una nueva saga, la guerra de la falacias. ☹

Tenía un Renault 12 como el de mi papá, solo que azul. O bueno, no era suyo; es una forma de decir. En su casa había un Renault 12. Ninguno de nosotros tenía carro propio, pero era como si fuera de él porque lo usaba para ir a todas partes a toda hora. A diferencia de mí, nunca se le vio preocupado por correr el riesgo de dejarlo parqueado en la calle, no fuera a ser que le robaran el radio o un espejo, y nadie le imponía una hora límite de llegada en la noche. Pipe no estaba obligado a oír una y otra vez la mismas advertencias a cargo de un jubilado que lavaba y brillaba su carro más de lo que lo usaba. Es más, nunca se habló de que tuviera papá. Creo que alguna vez se comentó que vivía con sus tías. A los dieciséis era el hombre de la casa. Por eso salíamos en ese R12 y no en el de mi papá.

Medellín en 1990 se estaba yendo a la mierda y no nos importaba. Tocaba vivir. En las advertencias de los adultos pululaban recuentos de bombas que cimbraban los sueños cada noche y masacres como la de Oporto, donde habían matado a diecisiete. Es que Pablo andaba enloquecido. Sin embargo, no había miedo que resistiera la posibilidad de una fiesta de un colegio de peladas. Nenas, les decía Pipe con una naturalidad que solo le salía a él. De esas particularidades estaba construido su prestigio de sensé de la rumba. Y de resultados, por supuesto. Pertenecer a su tripulación marcaba la diferencia entre un señor con un plan de viernes y quedarse en la casa mirando para el techo.

Esperábamos ansiosos y sin chistar en el lugar que nos pusiera la cita. Llegaba alrededor de las once, más o menos media hora después de que terminara su visita oficial donde Paula. Era el único que tenía novia. Ella vivía en un castigo permanente, con la casa por cárcel, porque el estudio no era precisamente lo suyo. Estaba repitiendo décimo por segunda vez y sospechábamos que iba para la tercera. A pesar de que empezaba a verse vieja entre sus compañeras de salón, no la echaban del San José de las Vegas porque su papá era un señor importante. Paula estaba buenísima, pero nos absteníamos de mencionarlo, en parte por miedo a que Pipe nos sacara de sus planes y en parte porque había algo en ella, una especie de aburrimiento de vaca, que nos hacía verla más como una

señora respetable. Estaba enamorada de él como nunca volví a ver alguien más estarlo de nadie. Le perdonaba los cachos que le ponía con la misma naturalidad que perdía materias. Después de las peleas, bastaba que él se apareciera con un conjunto vallenato y cara de perro apaleado para que las canciones adoloridas de Diomedes o El Binomio de Oro los volvieran a unir como dos ladrillos pegados con lágrimas.

Pipe tenía por lado y lado lo que los demás queríamos. Su éxito evidentemente no se debía a la pinta. Estaba más o menos en el mismo nivel de los otros seis que nos amontonábamos en el Renault: ni tan bien ni tan mal. Incluso marcaba un poquito por debajo del promedio porque era bajito, flaco y color tinto de frijol cargamanto. Su frente ancha no alcanzaba a ridiculizarlo aunque sí le daba un aire de haber pasado por las manos de un caricaturista benévolo. Era el clásico feo arreglado que administraba bien un par de mudas de marca y se ungía con loción Drakkar Noir, la joya de nuestros ahorros adolescentes. Pero había en él algo que no se podía comprar en la tienda de la esquina y que le granjeaba invitaciones a bailes a los que ni él mismo sabía cómo habíamos llegado.

En varias de esas fiestas, después de haber fracasado en la conquista de alguna morenita y sin posibilidades matemáticas de emprender una nueva búsqueda con otra, me sentaba a admirar su faena. A lo mejor así conseguía descifrar el secreto. Su técnica de baile no destacaba. Prefería mantenerse en los terrenos seguros de la armonía conocida y no arriesgarse con acrobacias. Tampoco era que tuviera el mejor verbo. O quizá sí, porque algo de talento tenía que haber en hablar sin decir nada y no aburrir a su público. Pero eso mismo lo habría podido aplicar cualquiera de nosotros. A mi entender, lo que marcaba la diferencia era el brillo transparente y juguetón, de gato chiquito, que repartía entre su mirada y su risa. Un gesto inimitable. Él prefería achacarle su efectividad a una estrategia más simple y terrenal, como parecía todo en su vida.

—Pillen sardinos— a todos los hombres nos decía sardinos—, uno baila dos o tres merenguitos con la nena y se la va hablando, haciéndola reír hasta que ponen una tanda de vallenatico suave. Ahí se acerca y empieza a bailar cachete con

cachete. Si ella no se aparta, hay que seguir en las mismas, sin afanes. Cuando sientan que el asunto ya agarró impulso, mueven la cabeza para cambiar de lado y que quede el otro cachete con el otro cachete. En ese movimiento, cuando se cruzan las caras de frente, se manda un piquito a la boca así de pasón. Si le responden bien, ya uno va cambiando de vez en cuando de lado y se queda cada vez más en lo del beso hasta que ya no sale de ahí. Sencillo.

Sencillo nada. Aunque seguíamos el consejo, rara vez al ocaso de la fiesta los demás podíamos abrazar algo diferente a la botella del ron horrible que da la tierra. Terminábamos pasándola de mano en mano, a la espera de que él se hartara de darse besos en el balcón con muchachas a las que siempre bautizaba Adriana cuando le pedíamos mayores datos. Cuando encendían las luces blancas con el único propósito de echarnos, venía hacia nosotros, se daba el último trago y ejecutaba un par de pasitos merengueros satisfechos. La misma ceremonia que había dado inicio a su segunda parte de la noche. Después señalaba el rumbo a la puerta. Lo que restaba era embutirnos en el Renault e ir por una hamburguesa callejera con un precio inversamente proporcional al número de salsas que le ponían.

En uno de esos remates de noche habíamos terminado de comer y ya íbamos empacados en el carro rumbo a las respectivas casas cuando alguno —no fui yo— rompió la fluidez de la rutina.

—Pipe, güevón, pará porfa que me estoy orinando.

—Pero acabamos de arrancar. ¿Por qué no orinaste allá? —protestó.

—No sé, apenas me dieron ganas ahorita —insistió ese que no era yo y hubiera querido serlo.

—Ya esperate hasta la casa.

—No, marica, no me da.

—Educa el cuerpo.

—Pipe, carechimba, si no parás me orino acá.

—Tenés treinta segundos —concedió después de un bufido resignado—. Si te demoras uno más, te dejo.

El necesitado se bajó y el resto, que no éramos él pero que nos hubiera encantado serlo para convertirnos de algún modo en protagonistas, le hicimos la cuenta regresiva de la meada. No tuvo que gastarse el tiempo completo de licencia. Veintidós segundos le bastaron

Pipe,
el bacano

por ANDRÉS BURGOS
Ilustración de Mónica Betancourt



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Número 117 - Agosto 2020

Versión digital

universocentro@universocentro.com

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



universo
centro

Un corto viaje a Groenlandia



Fotografías y texto por LUCA ZANETTI

Traducción de Julián Restrepo

La promesa

Jamás voy a volver a pisar un barco! Esta fue la promesa que me hice a mediados de los noventa, durante un viaje de veintidós días a través del océano Pacífico.

Zarpamos de Tokio hacia Long Beach, el puerto de Los Ángeles, en el Punjab Senator, un carguero alemán recién construido. La tripulación, oriunda de Rostock, estaba a las órdenes de un viejo capitán que añoraba los tiempos de la República Democrática Alemana: “En aquellos días aún se podía contar con tiempo, montones de tiempo”, decía. Las mejores travesías las hacían a Cuba para descargar maquinaria agrícola a cambio de azúcar crudo. La operación podía tomar tres semanas, lo que permitía a la tripulación viajar por el país e incluso hallar algún romance. Hoy cada minuto en puerto está costado y contado. El mundo se ha convertido en una empresa sin alma, monitoreada y cronometrada al segundo.

La falta de actividad física, el tedio generalizado en los espacios cerrados y el ruido constante de los motores, todo ello, era demasiado para mi cerebro y mi alma, tan acostumbrados a usar estímulos del mundo exterior para funcionar. Tuvimos una doble Navidad, pues cruzamos la línea de cambio de fecha el 24 de diciembre. Ambas celebraciones estuvieron acompañadas por un

pato asado a la Pekín que parecía de caucho y olía a aceite de motor, como todo lo demás. El chiste recurrente entre los oficiales decía que Vladimir (el cocinero, de San Petersburgo) mataba la comida dos veces.

Vladimir también mataba botellas de vodka. Después de la cena a menudo tocaba la puerta de mi cabina acompañado de una botella sin descorchar. Brindábamos por Pushkin, Tolstói, la *glasnost*, la Madre Rusia, la amistad y el coraje hasta que me daba por vencido y él me decía con su espeso acento ruso: “¡Mira cuánto bebo por tí! ¡Tú no estás bebiendo por mí!”.

Pero no todo fue tedio y vodka. Una gran tormenta, con vientos huracanados, golpeó al Punjab Senator en medio de la travesía. Tuvimos olas de entre diez y quince metros, una situación realmente peligrosa para cualquier embarcación. Esto nos sacó a todos del proceso de embalsamamiento. Durante tres días con sus noches nadie durmió. El Punjab Senator, que hacía su viaje inaugural cruzando el Pacífico, tuvo que reducir su velocidad para no ser atrapado, entre la proa y la popa, por la cresta de una ola, una posición que crea un vacío central que podría romper la nave en dos. Observando esas planchas que mantienen unido un barco podías seguir, literalmente, los golpes de las olas pasando

por el cuerpo de metal de la nave. Al mencionarle esto al agotado capitán, me tranquilizó explicándome que las propiedades elásticas de la estructura aseguraban que el impacto de las olas fuese absorbido y desviado, evitando daños estructurales. Luego añadió una frase impactante: “Lo que es inflexible puede quebrarse”.

La traición

Mi amigo Till, el orgulloso capitán del SY Passage —participante en la regata Whitbread alrededor del mundo—, construido en aluminio reforzado, había estado navegando por el norte lejano por los últimos cuatro años. Remontó la costa de Noruega hasta Svalbard, bajó por la costa este de Groenlandia hacia Islandia, subió por la costa oeste de Groenlandia y regresó a Europa. Yo había estado eludiendo las repetidas invitaciones a unirmele, insistiendo en mi absoluta ignorancia de asuntos marinos, en la tortura de los mareos, en los peligros de un suicidio o un asesinato y en el pánico a verme atrapado en una situación social insostenible en esa caja de metal de dieciocho por cinco metros. Till desplegó argumentos contra mi escepticismo: yo tendría la oportunidad de salir de mi zona de confort, compartiría un espacio con



personas que de otra manera no podría conocer, personas que no piensan como yo, no votan como yo, no se visten como yo; la experiencia ampliaría mi horizonte social y me haría un ser más tolerante.

Al final, fue una combinación de cosas: un verano aburrido y muy caluroso en Zúrich, una larga racha de desempleo y la atracción por lo desconocido hicieron que viera el viaje como una oportunidad para refrescarme, tener una aventura y tal vez ganar algo de dinero, que mucha falta me hacía.

En mi papel de fotógrafo, mi primer intento fue con una revista austriaca encabezada por una frase perfecta para mi decisión: “Descubre y comprende el mundo”. Mi propuesta se enfocó en una incierta misión científica en la que iba a embarcarse la tripulación del SY Passage, que consistiría en tomar muestras de un permafrost que nunca antes se había investigado y descubrir nuevas formas de vida. Como lo científico de la misión estaba en duda, el intento recibió una rotunda negativa por parte del editor: “Un montón de europeos ricos navegando hacia el este de Groenlandia ¡NO ME INTERESA!”. La siguiente revista, que estaba dedicada por completo al mar, respondió que acababan de hacer algo sobre Svalbard y que, por tanto, no estaban interesados en más hielo. Entonces —justo cuando estaba fuera me volvieron a meter— me llegó una respuesta positiva de una revista de aerolínea interesada en los aspectos del viaje que sugerían una aventura. Firmé un contrato que me dejó sin excusas. Cuando le hablé del proyecto a mi hermano (un hombre con alguna experiencia marítima en el círculo ártico), su consejo fue que comenzara a tomar duchas frías de diez minutos. Este entrenamiento debería demorar mi muerte por hipotermia por, al menos, un par de minutos cuando cayera en las aguas heladas.

El fin de mundo

El vuelo de Air Iceland de Reykjavik a Kulusuk (uno de los cinco asentamientos a lo largo de los 2670 kilómetros de la costa este de Groenlandia) estaba lleno de turistas treintañeros y unos cuantos niños, todos vestidos con atuendos de excursionista, caros y coloridos. La persona sentada junto a mí tenía el tipo de una vikinga: piel blanca ligeramente sobreexpuesta y cabello rubio, cara redonda y penetrantes ojos azules, dedos gruesos, cuello fuerte y una trenza bella y elaborada. ¿A qué iba a Kulusuk?, le pregunté. Respondió en un inglés con acento holandés que iba a hacer un viaje en kayak. Esperaba ver osos polares, ballenas, narvales, cazadores inuit y desprendimientos de glaciares jantes de que se acabaran! Estas últimas palabras no invitaban mucho a más conversación, me dejó mirando por la ventanilla preguntándome acerca del fin del mundo.

En el avión también iba Diane, joven, adorable y de gafas, miembro de la tripulación del SY Passage e investigadora de células madre, que iba a ser cocapitana en el viaje, es decir, una de mis futuras jefas. Acababa de llegar de una misión científica de dos meses en el Atlántico norte, en la que usaron drones para recolectar muestras de la respiración de las ballenas para analizarlas en busca de contaminantes.

De cuando en cuando, como si alguien hubiese encendido una bombilla, el brillo de un iceberg irrumpía a través de la monotonía del manto de nubes grises que cubría el estrecho de Dinamarca. Al comenzar el descenso, más luces se encendieron, con sus halos tocándose unos a otros. De repente los icebergs tomaron forma, gigantescos, brillantes y azulados, rectángulos perfectos como cargueros de contenedores esperando pacientemente en fila para pasar a través de las esclusas del canal de Panamá.



Una ballena muerta

Luego de registrarnos en el Hotel Kulusuk el dueño, mitad danés, mitad inuit, nos informó que en el pueblo acababan de capturar una ballena piloto, que deberíamos ir a ver; se encontraba en el embarcadero. Por alguna razón inexplicable, tanto Diane como yo esperábamos que la ballena estuviese viva. Caminamos los treinta minutos desde el pueblo como si de conocer a Moby Dick en persona se tratase. Tal vez después de dos meses de observar ballenas, era imposible para Diane pensar de otra manera, ¡yo debí haberlo sabido!

Nuestro feliz y expectante estado de ánimo se vio interrumpido brevemente por una jauría de perros de trineo encadenados que mostraban una expresión realmente amenazante. Más lobos que perros, definitivamente; incluso los cachorros que andaban libres por allí no inspiraban mucha ternura. La tarde destellaba con un cielo azul. El pueblo parecía de juguete con sus sesenta casitas pintadas de brillante azul y rojo. Junto a estos hogares de juguete había enormes y oxidadas cisternas de petróleo, un cementerio con cruces blancas desperdigadas, la mayoría sin nombre, una iglesia, una escuela, un supermercado, y un diminuto museo donde se exhibía el "modo de vida tradicional".

La ballena piloto, de color gris oscuro y cerca de cinco metros de largo, estaba flotando de lado, atada a un motor fuera de borda por una soga alrededor de la aleta de cola. Su ojo estaba abierto. ¿Acaso lo cerró? El arpón la había golpeado sobre la aleta lateral, donde un chorro de sangre se había congelado. Habían cortado la aleta dorsal y estaba tirada sobre una roca cerca de una piel de foca que habían puesto a secar. Cuando levanté la aleta toqué la parte de la carne, ¡se sentía justo como carne roja! Nunca antes había tocado un mamífero marino, por un instante sentí como si estuviera viendo el cuerpo de un miembro de mi familia.

Parado cerca con el rifle sobre los hombros, rodeado por una pequeña multitud de curiosos, el cazador disfrutaba un cigarrillo, dándole profundas y significativas caladas. Como sucede con otras personas (gente de piel suave, indígenas americanos), era difícil estimar su edad. A juzgar por su cabello negro y su piel bronceada sin arrugas diría que estaba entre los veinticinco y los cuarenta años. Vestido con varias capas de suéteres bajo una chaqueta negra que había sido usada para pintar algo de azul, explicaba en buen inglés que primero le había disparado a la ballena con el rifle de caza, y luego la había arponeado. La carne le aseguraba que sus perros no pasarían hambre durante el invierno que se avecinaba. Dos meses atrás había matado a su primer oso polar, lo que lo convertía en un cazador consumado.

Por la tarde nos unimos a un grupo de turistas estadounidenses que habían concertado una visita al museo del "modo de vida tradicional". La visita estaba guiada por una pareja, ambos maestros. Ella era nativa de Kulusuk, él de Nuuk, y habían estado en Suiza como invitados de un científico amigo. Quedamos maravillados ante las habilidades de supervivencia de los inuit: kayaks hechos de madera a la deriva llegada desde Siberia y de huesos de animales, drenajes y guantes para remar hechos de piel de foca, atuendos completos hechos de piel de oso polar, piezas portátiles de madera tallada que parecían raíces de jengibre, pero que en realidad eran mapas de la línea costera utilizados para la navegación. Para evitar la ceguera causada por el resplandor de la nieve cortaban pequeñas rendijas en piezas de hueso que luego usaban a modo de gafas para el sol.

Ahora era diferente, estaban en un período de transición de una sociedad de cazadores a una de pescadores, lo que estaba causando muchos problemas y sufrimiento. Significaba una rápida pérdida de identidad porque culturalmente, y en un nivel instintivo, aún eran, por mucho, cazadores. Pero la pareja guía agregó que los inuits son un pueblo positivo que mira hacia el futuro. La siguiente generación estudiará duro, aprenderá habilidades organizacionales y pronto se independizará de Dinamarca. Si se alcanza la independencia, los 56 000 groenlandeses, de los cuales el 85 por ciento es inuit, reinarán sobre más de

2.1 millones de kilómetros cuadrados de tierra cubierta por el hielo. La gente sabe que la independencia podría hacerlos ricos. El acelerado derretimiento de la capa de hielo les facilitaría el acceso a incontables depósitos de minerales, incluyendo las muy codiciadas tierras raras, necesarias no solo en computadores y teléfonos inteligentes sino también en turbinas eólicas y autos eléctricos.

Un rifle para llevar

Till estaba anclado en el pueblo vecino de Tassilaq, al costado de una nave de suministros, la Angaju Ittuk, enviada por Dinamarca en el verano, cuando la retirada del hielo la permitía atracar. Desde la lancha en la que estaba cruzando la bahía al día siguiente, me las arreglé para fotografiar la cola de una ballena jorobada entre los icebergs, antes de que desapareciera. Iba a ser la única imagen de una ballena que tomaría. Tassilaq, el asentamiento más grande en el este de Groenlandia, con cerca de dos mil habitantes, parecía, de lejos, un pueblo minero de los Andes. Tal vez ese sea su futuro. La tripulación del Passage aún no estaba completa, Bruno, el arquitecto de Zúrich, llegaría al día siguiente.

A bordo hasta ahora: la capitana, Leonie, una persona peculiarmente no verbal a mediados de sus veintes, de Suiza. La cocapitana Diane, la investigadora de células madre, mitad iraní y mitad estadounidense, pero criada en Suiza. Till, el capitán fumador y vapedor, en la mitad de sus sesentas, firme en su decisión de ceder el poder absoluto a estas dos jóvenes mujeres. Yo, con casi cincuenta y ligeramente calvo (lo que trato de compensar dejándome crecer la barba), fotógrafo en la crisis de la mediana edad y con gafas negras bifocales de diseñador. ¿Iría a ser de alguna utilidad a bordo? Oriundo de la parte italiana de Suiza. Johannes, un arquitecto alemán de sesenta años, fumador y curtido, de cabello largo y gafas a lo John Lennon. Su tarea era acortar la escota para sacarle velocidad extra a cualquier vela con la que estuviésemos navegando. Mathias, cerca de los sesenta, también de Suiza, hombre de familia y glaciólogo por formación. Estaba ansioso por volver al mundo congelado tal como lo había hecho en su juventud cuando vivió en Alaska. Este también era su primer viaje en un bote de vela.

Mi primera asignación fue encargarme del asunto de la protección contra los osos. Till me envió a ver al setentón Roberto Peroni, un explorador italiano que cruzó 1400 kilómetros del manto de hielo con una jauría de perros de trineo, escribió un libro al respecto y abrió un hostel sobre una colina con vista al pueblo y al puerto. La jugada era que, al hablarle en su nativo italiano, tal vez ganaría su buena voluntad y podría alquilar un rifle de caza junto con las necesarias balas dum-dum, necesarias para defenderte del ataque de un oso polar. Peroni, de cabello gris, alto y esbelto, simpatizaba con la causa, pero a menos que pudiésemos garantizar el retorno del rifle no lo alquilaría.

Traté de convencerlo de que nos vendiera uno, pero tampoco funcionó. Su negocio de turismo estaba floreciendo y necesitaba todos sus rifles. Pude contar cerca de treinta alineados en su oficina. Till (que tenía alrededor de veinte balas que le habían quedado de un viaje a Svalbard) decidió comprar el arma en el centro comercial. Mostramos una bala al vendedor inuit y señalamos la sección de rifles. Luego de diez minutos regresó de la parte trasera con un equipo completo, incluyendo binoculares. No había que mostrar ninguna identificación, no había que firmar nada. Un rifle para llevar, por así decirlo.

A continuación, fui puesto a cargo de comprar comida para siete personas durante tres semanas. La experimentada Leonie tenía una regla de oro: debíamos llenar al menos tres carros de supermercado y, de la mayor importancia, debía haber una manzana diaria por persona, lo que daba un total de 147.

Esa noche fuimos a la discoteca local. Tenía una atmósfera energética con muchas parejas bailando mediante el método de agarrarse con fuerza y dar giros, otros saltaban de arriba abajo al estilo punk. Todo animado por



una banda de rock en vivo con una vocalista impactante y hermosa que estaba cantando vestida con un uniforme de fútbol. Cuando no estaba cantando estaba bebiendo y abrazando y besando a sus compañeras de equipo. En general, las mujeres se veían más felices que los hombres. El equipo de Kulusuk acababa de ganar el torneo femenino de Groenlandia del este. La edad de la gente en la pista iba desde los quince a los ochenta años y algunas personas se arrimaban hasta nuestra mesa para sacar a alguien a bailar o invitar a todos a formar un círculo, tomarnos de las manos y celebrar la victoria. En cierto momento, Till estaba bailando feliz con una inuit octogenaria.

Cuando salí para tomar aire debían ser las dos de la mañana y todavía había suficiente luz como para jugar un partido de fútbol. Una anciana borracha, capaz apenas de caminar, salió de la disco y trató de tomar el camino, iba escoltada por un hombre joven, cuando caía él le ayudaba a levantarse, juntos recorrieron unos cien metros hacia la orilla de la bahía, ella cayó de nuevo en el frío concreto, él se tendió a su lado y ahora parecían un matrimonio que acababa de irse a dormir.

Volví adentro pensando en la tasa de suicidio de los groenlandeses, de lejos la más alta del mundo. ¿Era la transición a la modernidad con la pérdida de identidad que conlleva? ¿Era el período invernal de oscuridad total con sus cuarenta grados bajo cero? ¿Una predisposición genética? ¿Se las arreglaron los aparentemente desinteresados y sobreprotectores daneses para fregar a estos feroces cazadores con sus generosos programas de bienestar social y sus coloridas casitas de juguete? ¡Preguntas sin respuesta!

Mare incognita

Finalmente, llegó Bruno desde Kulusuk, un arquitecto suizo con mucho estilo, una barbita de hipster y experiencia como capitán. Ya podíamos zarpar. Fui a darle un vistazo a Till, quien estaba sentado a la mesa de mapas estudiando atentamente uno que exhibía una advertencia:

“PRECAUCIÓN: POSICIONES OBTENIDAS POR SATELITE

Las posiciones obtenidas mediante sistemas satelitales de navegación como el Sistema de Posicionamiento Global (GPS) están basados en los datos de 1984 del Sistema Geodésico Mundial (WGS). La diferencia entre las posiciones obtenidas por satélite y las posiciones en esta carta no pueden determinarse; se advierte a los navegantes que estas diferencias PODRÍAN SER SIGNIFICATIVAS PARA LA NAVEGACIÓN y por lo tanto se les aconseja usar fuentes alternativas de información posicional, en particular si navegan cerca a la costa o en las cercanías de elementos peligrosos”.

En los días siguientes quedó claro: algo salió mal en el paso de papel a digital. A veces, según el mapa de ruta del GPS de Navionics, estábamos navegando sobre tierra firme, rocas y picos montañosos. El este de Groenlandia no tiene todavía, en 2019, cartas de navegación confiables. Las cartas electrónicas actuales están llenas de errores: islas que no existen e islas que sí existen, pero no en las cartas... Había otro problema tecnológico, el repetido mal funcionamiento del Eco Sounder que se usa para determinar la profundidad. Mathias, el glaciólogo, conocía el problema: estaba relacionado con el cambio de salinidad que altera la velocidad de desplazamiento del sonido y, por lo tanto, la precisión del aparato. En fin, me dije, no te preocupes, bendita sea la ignorancia, deja que los profesionales lo hagan. Izamos la vela mayor y dejamos, en silencio, la protección del puerto de Tassilaq.

Icebergs en las rocas
Icebergs, su colosal tamaño, sus formas y colores, su poder simbólico y real. Uno

puede pensar en ellos como *land art*, como pedazos del planeta derriéndose al ritmo del termostato, como testimonios de la historia climática y geológica o como peligros marítimos (nuestra preocupación más inmediata). Churchill soñó con emplearlos como pistas de aterrizaje en la Segunda Guerra Mundial, hoy los ingenieros piensan en remolcarlos desde la Antártida hasta Sudáfrica para resolver la aguda escasez de agua. El agua que contienen impulsará el ascenso del nivel del mar, cambiará su salinidad y posiblemente interrumpirá el flujo de las corrientes marinas y perturbará las cadenas alimentarias.

Mientras más te acercas más ruidosos se vuelven, se mueven crujiendo, a veces dándose la vuelta, explotando, haciéndose añicos. En un día soleado la actividad aumenta dramáticamente: comienzan temprano en la mañana, exudando y goteando profusamente como una cerveza de litro que un blanco europeo se está tomando en el trópico. Al fundirse el hielo las burbujas atrapadas suenan como si se destapasen al tiempo un millón de bebidas efervescentes. Esta resulta ser la razón por la que no se puede asustar a los osos polares sonando la sirena, están muy acostumbrados a altos niveles de ruido.

Después de anclar a la vista del fracturado glaciar, a los 65° 51' 26,1" N, 38° 37' 01' 47,3" O, preparamos los kayaks y remamos hacia los imponentes icebergs, que se veían mucho más cerca de lo que realmente estaban. En el regreso al Passage, dejando atrás el concierto que ofrecía el goteo del deshielo, Till decidió que yo debería recoger un pedazo de hielo para la *gin tonic* vespertino.

Al día siguiente navegamos a través de varios fiordos y llegamos, hacia el final de la tarde, al asentamiento de Kuummit, a los 65° 51' 26,1" N, 37° 01' 47,3" O, un poblado con cerca de cien casas. En el muelle había cuatro hombres y una mujer tomando café, fumando y mirando hacia el fiordo, en el que dos ballenas jorobadas emergían a tomar aire, formando ondas en las aguas calmas. Estaban en su descanso matutino del trabajo en la planta procesadora de pescado, donde limpiaban el fletán que iba a ser embarcado para el continente. Hice un retrato de un hombre de cabello gris, con una amplia sonrisa, que sostenía un cigarrillo. En la planta pedimos permiso para llenar nuestros tanques de agua y pagamos con barras de chocolate suizo, una divisa efectiva. La señal de celular volvió, débil, pero volvió.

Fui a visitar el pueblo y vi a una madre hablando por celular con un recién nacido en un enorme cochecito bajando la colina. Dos mujeres charlando y bebiendo cerveza en un porche, un perro de trineo ladrando, un hombre en un vehículo oruga remontando la colina, un helicóptero rojo en la distancia a punto de aterrizar, un cementerio grande con montones de cruces blancas decoradas con flores de plástico, motonieves parqueadas, trineos rotos usados como bancas, tres niños saltando en un gran trampolín negro, pescado secándose en un solar, música rock atronando desde una casa, bicicletas oxidadas y pipetas de gas tiradas por ahí, la red eléctrica tendida sobre el terreno, parches de hierba con flores púrpura, un anciano sentado a la entrada de la iglesia mirando hacia la bahía con binoculares, una toalla del Barcelona en un alambre, unas diez focas muertas que estaban siendo pesadas y marcadas por un niño. Muchas casas, de nuevo pintadas de rojo y azul, estaban ancladas al terreno mediante sogas tendidas sobre los techos y atadas a grandes rocas o a barriles de petróleo llenos de concreto.

Al día siguiente, cerca del ocaso, luego de ver una foca ocelada en una banquisa y de exponernos al radiante glaciar Knud Rasmussen, llegamos

a lo que iba a ser el último lugar habitado que veríamos. Sermiligaag, que tiene unas treinta casas y doscientos habitantes, se asienta en un valle en forma de una U perfecta, rodeado por altos picos y con una pared de hielo como telón de fondo. ¿Quién, en este mundo, decide quedarse a vivir aquí? En el muelle, un grupo de adultos y niños observaba con curiosidad nuestras exitosas maniobras de ataque. Till invitó a todos a bordo, provocando una procesión de visitas y una disminución considerable de nuestras existencias de cerveza, bebidas, papitas fritas y chocolates.

El carácter se congela o se derrite bajo presión

Leonie seguía siendo la criatura no verbal, sensata y profundamente silenciosa que había revelado ser desde el principio, comprometida por completo con cualquier tarea y dispuesta a trepar al mástil cuando fuese necesario. Nunca se quejó por las ampollas en sus manos y horneaba deliciosos pasteles de manzana con canela y azúcar. Pero un nuevo rasgo estaba por emerger: su determinación para tomar grandes riesgos.

Johannes, según supe, era padre de tres hijos de tres matrimonios distintos. A estas alturas ya había cejado en sus intentos de asumir la posición de macho alfa a bordo y se volvió más y más callado conforme avanzaba el viaje. Este cambio se vio reforzado por el hecho de que el resto de la tripulación hablaba alemán suizo y rara vez se molestaba en cambiar al habla alta del idioma. Se hallaba, además, afligido por un problema existencial al haber perdido su licencia de conducción por manejar borracho.

Luego de estar enfermo de mareo por un par de días, Mathias resucitó y todos pusimos nuestras esperanzas en sus conocimientos como glaciólogo. Viendo la frecuencia con la que el Eco Sound perdía el rumbo, bien fuese que navegáramos a lo largo de la costa o que nos internásemos en un fiordo, nuestro profesor experto en ambientes extremos era consultado como un oráculo. Él observaría el paisaje a nuestro alrededor, estudiaría su formación y geología y emitiría un veredicto acerca de en cuál ruta hallaríamos más profundidad. ¡Magia! Igual que los inuits, nosotros teníamos nuestro propio y potente chamán y seguíamos su consejo.

Diane era el alma feliz a bordo, siempre con una chispa en la mirada y la sonrisa fácil. Si este era un largo viaje psicodélico, ella era la puerta de regreso al mundo conocido, un seguro contra la locura. De haber algún asunto de mujer alfa entre ella y Leonie, mis sensores no estaban calibrados para

detectarlo. Su relación parecía colaborativa, armoniosa y orientada hacia las tareas de la expedición.

Till, el indiscutido espalda plateada, se deleitaba contando historias de su ilimitado repertorio de aventuras, que incluía una acerca de haber sido secuestrado, siendo periodista, por el ELPS (Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán), un percarce que calificaba retrospectivamente como su mayor logro. Era típico de él contar una historia y ver si podía impactar y sorprender a sus oyentes, moverles el piso, sacudir sus fundamentos y creencias. De vez en cuando me pedía que reforzara el programa de esparcimiento contando historias de mi juventud que involucraban infracciones menores, como la invención de una lotería falsa en nombre de la Virgen María y la vez que convencí a mi hermana para huir de casa y vivir en el bosque, una aventura que solo duro unas doce horas.

De regreso al trópico

Se esperaban fuertes vientos causados por una profunda depresión que se movía entre Groenlandia e Islandia sobre el estrecho de Dinamarca. Al dejar Sermiligaag se decidió que debíamos alejarnos de la costa hacia aguas abiertas y enfilarse hacia el norte hasta un lugar llamado Storo donde podríamos encontrar abrigo, según una entrada de 1931 en las *Direcciones de navegación del Almirantazgo: piloto ártico*, volumen II. El mar nos estaba dando una paliza y el considerable oleaje hacía difícil distinguir las banquias de las olas rompientes, para no mencionar alguna roca puntiaguda sobresaliendo entre los icebergs. El radar tampoco ayudaba mucho. El ambiente era tenso, todos estábamos en cubierta listos para ejecutar las órdenes. Alcanzamos Storo a tiempo antes de que los vientos atiboraran la costa de miles de témpanos, haciendo imposible la entrada.

Luego, aquella misma tarde, una partida salió en kayaks para ver si la situación había cambiado en mar abierto. La expedición regresó convencida de que deberíamos esperar a ver qué traía el estado del tiempo al otro día. A la tarde siguiente el viento amainó y todos estuvimos de acuerdo en que deberíamos intentar alcanzar aguas abiertas para evitar formaciones rocosas cercanas a la costa sin cartografiar. Tan pronto como dejamos la protección de la bahía nos enfrentamos a una barrera de banquias y témpanos con fuertes vientos contrarios y un oleaje que no era diferente al del día anterior. Alguien debería haber sugerido el regreso a un sitio seguro, yo debí haberlo hecho, pero estábamos todos muy emocionados. En particular, nuestra capitana Leonie y Johannes tenían una mirada brillante y una expresión febril cargada de adrenalina.

La luz se desvanecía rápidamente, Johannes me ordenó apostarme en uno de los costados y vigilar que no hubiese banquias u otros obstáculos, pero yo no estaba viendo mucho a través de mis gafas. Bruno estaba al timón manteniendo el curso, la barba hipster la daba ahora el aspecto de un cortido marino. Till permanecía bajo cubierta. El Passage iba surcando las olas con bravura, adentrándose en ellas para luego emerger triunfante. Bajo cubierta, el sonido magnificado de los bloques de hielo deslizándose a lo largo del marco de aluminio se sentía como si proviniese de grandes colisiones, en especial cuando golpeaban la quilla de 3,4 toneladas. Till estaba inmoviblemente confiado, hablaba del Passage como si este fuese un tanque peso ligero.

Cuando una preocupada Leonie bajó a consultar con Till, sobre cubierta Johannes vio lo que nadie había visto: un pequeño islote a unos cien metros a las once en punto. Era difícil verlo, pero una vez que fijabas tu vista en su silueta se veía muy claro. Las olas lo golpeaban, cerniéndose sobre él ¡descargando su energía en grandes chorros de espuma! Por primera vez en cubierta desde que dejamos Storo, Till se veía realmente preocupado, de inmediato ordeno lo que llamó un *Kuh Wende*, una maniobra de 180 grados que terminó por ubicar al Passage de proa a la línea costera y navegando a favor del viento, una manera mucho menos ruidosa y dramática de avanzar. También dio la orden de seguir exactamente la ruta trazada el día anterior por el GPS y regresar a Storo. La verdad, nos salvamos por un pelo, Johannes fue el héroe de la jornada pues, al parecer, salvó al Passage de hundirse con nuestras almas a bordo. La posición del islote establecida por el GPS debía ser transmitida a las autoridades marítimas de Dinamarca para propósitos cartográficos. De regreso a la protección que nos brindaba Storo, anclados en la misma posición que antes, la tripulación se fue a descansar, pero es imposible dormir cuando estás cargado de adrenalina.

Al día siguiente nos preparamos para una larga espera mientras el sistema de baja presión se expandía. De acuerdo con el pronóstico del estado del tiempo iba a haber una oportunidad en dos días. Finalmente, tomamos un descanso que mucho necesitábamos. Nos las arreglamos para dormir, tomar una ducha y cambiarnos. Abrí una lata de cerveza, cerré los ojos y me puse de cara al viento. Al final todo acabó: la humedad, el frío, el mar picado, el mareo, los icebergs amenazantes, las peligrosas banquias, el miedo de chocar contra un islote que no está en las cartas. ¡Todo pasó! Estaba de regreso a los trópicos, a donde los humanos pertenecen en verdad. ☺





Un virus hasta ahora desconocido se propaga con rapidez. Los fieles de una secta son los primeros señalados en importarlo a Corea del Sur, creen con fervor que su líder es un ser inmortal. Angustia, previsiones, imágenes del fin del mundo. *Los días de la fiebre*, el reciente libro de Andrés Felipe Solano, muestra qué tanto puede parecerse el mundo ante el miedo que causa un enemigo ubicuo y temible. Corea del Sur como un primer espejo de la pandemia

Los días de la fiebre

Primer mes

Cuando llegó el otro, cinco años atrás, compramos varias mascarillas en la farmacia. Debe quedar un par en un cajón. Tuve que usar algunas cuando viajaba en tren a Busan a dar clases. Al siguiente año hicieron una película de zombis con ese nombre, *Tren a Busan*. Lo usual, hordas de muertos vivientes, estaciones desiertas, gente saqueando tiendas. Cuando llegó algunos tenían miedo, a otros no les importó. En la emisora de radio, donde a veces trabajo como locutor, recuerdo haber anunciado que un fugitivo se entregó a la policía por miedo a contraer el virus. Llevaba tres años huyendo. Tres años escondido. Una gripe fuerte, decían al principio. La gente se quejó, la información era escasa, no se sabía nada de los pacientes infectados, la respuesta era lenta. La tasa de mortalidad alcanzó el treinta por ciento. En aquel entonces, todos estábamos esperando el verano. Decían que el verano se lo llevaría. Y ahora ha llegado uno nuevo y para el verano falta mucho tiempo.

Lunes en la mañana. Paso casi una hora viendo videos de gente en Wuhan siendo amonestado por drones. Se parecen a una de esas grabaciones de tribus no contactadas en el Amazonas. “Usted, abuela, no puede estar en la calle sin mascarilla, mejor váyase a casa, y lávese las manos”, dice una voz robótica de hombre. La anciana se queda mirando al dron con una sonrisa de desconcierto. El dron se acerca un poco más y la mujer empieza a caminar rápido por un descampado con una bolsa de plástico vacía bajo el brazo. El dron la sigue y ella voltea cada tanto a verlo. En un videojuego sería el momento perfecto para disparar.

Segundo mes

Reviso las noticias en mi teléfono apenas abro los ojos. Soy como un corredor de bolsa sediento de números. Obtengo lo que busco, el virus se cotiza al alza. Ya son cuarenta los casos relacionados con la paciente 31. Una sola persona es responsable de un tercio del total general. En el desayuno hablamos sobre la iglesia evangélica de la que hace parte la mujer. Se llama Shincheonji, algo así como “Nuevo cielo, nueva tierra”. Había oído sobre otras iglesias coreanas protestantes, por ejemplo la Iglesia de la Unificación, conocida por sus matrimonios colectivos. Se ha extendido como la hiedra venenosa por todos los rincones. Recuerdo las fotos de sus miembros en Estados Unidos, con coronas hechas de balas y fusiles de asalto dorados. O la iglesia Pentecostal de Yoido. Su templo principal parece un estadio de béisbol cubierto, lo sé porque no está lejos de la emisora de radio donde a veces trabajo los sábados. Al parecer Shincheonji es aún más extraña. Tiene fama de ser una secta e incluso otros protestantes la desprecian por herética. Muchos de sus fieles le esconden a sus familias o parejas que hacen parte de ella. Viven años en total secreto. Mi esposa no tiene tiempo para explicarme más. Antes de irse se pone su mascarilla y su cara se divide en dos. El misterio de su nariz y boca sumergidas, unos ojos que me demoro en reconocer. Ligeramente rosada y ajustable, la mascarilla trae un filtro externo que le da un aire de absoluta seguridad. Al irse me doy cuenta de que no nos dimos el beso habitual de despedida.

Ya a solas, me lanzo a buscar más sobre la secta. Para mediodía sé que fue creada el 14 de marzo de 1984 y sus fieles se estiman en unos

doscientos mil. Durante los servicios no se sientan en sillas, lo hacen sobre un cojín en el piso, muy cerca el uno del otro. Cantan, lloran, gritan lo más duro que pueden y se pasan el brazo por los hombros para formar una gran cadena. Son una línea de ensamblaje espiritual de donde salen oscuras oraciones y quejidos. Me estremezco al recordar que una de las formas de transmisión del virus son las minúsculas partículas de saliva que quedan flotando en el aire. Busco fotos. Veo a cientos de personas vestidas con pantalón negro y camisa blanca. Una de ellas podría ser la superpropagadora. Los seguidores de Shincheonji desestiman las enfermedades. Las personas se enferman y mueren únicamente por falta de fe, afirman sin que les tiemblen los labios. La paciente 31 se hizo la prueba solo hasta el último momento, cuando no entendió por qué la castigaban con ardores si era tan devota. La información que consigo es cada vez más perturbadora. Crean que su fundador, el pastor Lee Manhee, tiene vida eterna. Les ha dicho que el día del juicio final se llevará consigo 144 000 almas al

cielo. Las cuentas no me dan. Si son doscientos mil, 56 000 se quedarían por fuera de su promesa. Tengo que leer más, preguntar, investigar. En ese momento me llega un mensaje de alarma al teléfono acompañado de un pito ensordecedor y un triángulo amarillo con un signo de admiración. Estoy acostumbrado. El gobierno manda estas señales de alerta cuando el nivel de contaminación es muy alto, cuando se viene una ola de calor o un tifón se aproxima. Esta vez es diferente. Esta vez nos dicen que ha muerto la primera persona por covid-19 en el país.

Hay una petición ciudadana en la página de la presidencia para disolver a la “Iglesia de Jesús Shincheonji, Templo del Tabernáculo del Testimonio”, ese es su nombre completo. El presidente está obligado a responder a toda petición que supere las doscientas mil firmas. Hasta el momento se registran 550 000. El gobierno le ha pedido a la secta una lista oficial con el total de sus miembros y su información de contacto. Según se sabe, todos los fieles deben escanear sus huellas digitales o sus códigos QR en el teléfono antes de



por ANDRÉS FELIPE SOLANO • Ilustraciones de Tobías Arboleda

entrar a una celebración. El pastor fundador ha logrado que Shincheonji sea ubicuo. El jefe del equipo de prevención de enfermedades contagiosas de un distrito de Daegu ha tenido que reconocer que es miembro de la secta. Alguien creó una aplicación para rastrear si cerca del usuario se encuentra una de sus 1900 iglesias camufladas. La usamos hace unas horas. Hay una no muy lejos, está al lado de un restaurante de ostras a la parrilla en donde a veces cenamos.

Hay un segundo foco de infección. Un pabellón psiquiátrico de un hospital de Cheongdo, un pueblo no muy lejos de Daegu. Una secta cristiana apocalíptica, un hospital con enfermos mentales, una enfermedad altamente contagiosa. Vidas espectrales que se materializan, cuerpos que reclaman un lugar en el mundo a través de un virus. La distancia entre la ficción especulativa más sensacionalista y la realidad se acorta hora a hora.

1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867 infectados.

En un solo día se presentaron 909 contagios, esta noche llegaremos a los tres mil. La cortina se cierra del todo. El aislamiento es inminente.

No declararon la cuarentena obligatoria, no cerraron las ciudades, no hay policía afuera patrullando las calles y aun así llevamos casi una semana sin atravesar la puerta. Vivimos en *El ángel exterminador*, esa película en la que un grupo de gente rica se ha reunido para una cena después de ir a la ópera y luego de unas horas, por algún motivo desconocido, no puede salir de su sala. Pasan varios días allí, encerrados, el alimento escasea y la basura se acumula. Pero no hay ninguna fiesta, no somos ricos, conocemos el invisible motivo por el cual no debemos salir y solo estamos los dos, a merced de nuestro humor, protegidos por la casa que hemos armado. Preferimos cocinar a pedir comida a domicilio. Gastamos más tiempo, porque de eso se trata. Las horas se encogen, las horas se alargan, sesenta minutos dejan de ser sesenta minutos y aun así se van sumando, unos tras otros, hasta completar la torre de un día. Y tras un día, y otro y otro, como ha sido siempre, como será.

Las alarmas en el teléfono son como cartas en el buzón que llegan a diario, pero al saber que traen malas noticias deo muchas sin abrir. Lo único que sabemos es que han seguido enlazando por centenares a miembros de la secta para hacerles pruebas y aislarlos. Los otros focos —un par de hospitales, residencias para ancianos, un grupo de peregrinos católicos que visitó Israel— también han sido controlados. Como si se tratara de una novela de J. G. Ballard, mucho de ellos pasan la cuarentena en antiguos resorts y hoteles en el campo, cerca de parques temáticos que fueron clausurados hace tiempo. Confiamos en que el viento no avive las llamas.

Hace un par de meses que no iba a los estudios radiales de KBS a leer las noticias en español. Me han pedido que no olvide mi mascarilla, es obligatorio usarla dentro del edificio. Abandono el confinamiento. El bus semivacío cruza el río Han y me doy cuenta de lo limpio que está el cielo. La contaminación ha bajado muchísimo en los últimos días. Antes de entrar, compro un café para llevar en una panadería. En la puerta del monumental edificio de la emisora hay una máquina para medir la temperatura. El encargado se distrae por un segundo y me deja pasar con la bebida. La alarma salta y las pocas personas que están en el lobby voltean de inmediato. Siento cómo respiran aliviados al verme con mi vaso de cartón en la mano y una cara de idiota. Lo dejo en una mesa y paso de nuevo. No hay problema.

Frente al ascensor, una botella de gel desinfectante; en la entrada de la oficina, una botella de gel desinfectante. En una redacción para ochenta periodistas hay apenas unos diez en pleno día laboral. La productora me saluda y me señala otra botella de gel desinfectante al lado de mi puesto. Se asegura de que me eche un poco y me dice que grabamos en media hora. Esta es la época del año en que los ejercicios militares combinados entre Estados Unidos y Corea del Sur despiertan la ira de los norcoreanos. La guerra siempre empieza por estos días. Hoy de hecho Corea del Norte disparó dos misiles, pero a nadie parece importarle mucho. El virus es una amenaza aún más real.

Ya en la cabina doy el parte del día. Al final de esta bonita tarde de martes se han reportado 4812 infectados y 28



mueritos. El 89 por ciento del total corresponden a casos de Daegu. En 44 días desde el primer infectado, el gobierno coreano ha hecho 121 039 pruebas y se esperan los resultados de las practicadas a los miembros y aspirantes a miembros de Shincheonji. Ochenta y dos países han impuesto restricciones de viaje a los coreanos. Corea del Sur solo ha restringido la entrada a personas de Wuhan, del resto no ha cerrado sus fronteras y no planea hacerlo. Tampoco hay señales de cuarentena obligatoria. Autocontrol ciudadano, transparencia e información oportuna, pruebas masivas, rastreo y aislamiento de posibles infectados: esos son los cuatro elementos que han reemplazado al fuego-aire-tierra-agua.

Desde Colombia mi madre no para de preguntarme cómo estamos y yo solo mascullo cuánto tiempo se tomarán las fichas de dominó para caer y llegar hasta allá.

Los grandes fabricantes de *soju* han empezado a donar sus reservas de alcohol para fabricar gel desinfectante. Treinta y dos toneladas del etanol del licor más vendido en el mundo —tres veces más que el vodka que beben los rusos— no irán a parar a las gargantas de los coreanos. Cuando estamos en el campo o en uno de esos restaurantes callejeros de mesas y sillas de plástico, cubiertos apenas por una carpa naranja, a veces recurrimos a una vieja costumbre coreana. Luego de abrir una botella de *soju* y antes de servir la primera copa, Soojeong le da un golpecito al cuello. Debe ser firme y rápido para que salte al piso un chorrito de *soju*. En honor a los espíritus. Esperamos volver a saludarnos pronto, rendirles tributo.

En la tarde un joven de secundaria hackeó la página de Shincheonji y durante diez minutos apareció la imagen de un Buda sentado. A pesar de los otros focos de contagio, toda nuestra incertidumbre, todo nuestro miedo ante lo que pueda pasar, está atravesado por la secta. Necesitamos un saco de boteo nacional y no hay uno mejor que la Iglesia.

En el baño hojeo un libro con poemas y canciones de Leonard Cohen. Como si fuera el *I-Ching*, siempre tiene una respuesta: Me pregunto cuánta gente en esta ciudad vive en cuartos amueblados. De noche, cuando contemplo ante mí los edificios juraría que veo un rostro en cada ventana mirándome, y cuando me vuelvo me pregunto cuántos regresan a sus mesas y escriben esto.

Me voy a la cama con dos imágenes. La primera muestra medio centenar de billetes de 50 000 wones (cuarenta euros) con los bordes negros. Un hombre los metió al microondas para librarlos del virus y los alcanzó a quemar. Me pregunto cuántos segundos habrá pensado que eran suficientes para erradicar el virus de su dinero. ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Un minuto? El Banco Central ya ha dicho que no repondrá ningún billete que haya pasado por semejante medida aséptica. La segunda es una colección de retratos que muestra a una docena de enfermeras de Daegu con tiritas desechables en el puente de la nariz o la frente mirando a la cámara. Llevar mascarillas o capuchas protectoras por tiempo prolongado les ha producido dolorosos cortes en la cara. Las que trabajan en las unidades de cuidados intensivos se visten con trajes que parecen escafandras y como buzos solo puede comunicarse con señas. Puedo oír su respiración pesada, el fuelle de sus pulmones.

Tengo sobre mi escritorio un pequeño busto de porcelana barata con la inscripción “The Human Mind” en la base. “La mente humana”. Hace unos meses se me cayó y se quebró en la parte que corresponde al lóbulo derecho. No pegué los pedazos, los dejé amontonados a un lado. Es mi *memento cogitare* en reemplazo de un *memento mori*. “Recuerda pensar”, en lugar del “Recuerda que vas a morir”, muchas veces simbolizado con un cráneo en decenas de cuadros pintados en la Europa medieval, precisamente en épocas de plagas.

Se ha demostrado que los generales de tres soles y los escritores de distopías al uso son del todo superfluos en caso de una epidemia. En estos momentos no hay algo más triste que un novelista especulando sobre el futuro, pero cómo no resistirse, cómo no pensar que el virus ha empezado a taladrar todas nuestras certezas. A lo mejor muy pronto caigan como una mesa a la que las termitas le han devorado sus patas. En algunos lados dicen que ya nada será igual. Es una frase extraña, todo cambia todo el tiempo, pero ahora se siente así, como el fin de algo y el inicio de otra cosa. Quizás es el verdadero comienzo del siglo XX y sus guerras, pero con la caída de las Torres Gemelas llegó una nueva edad de oro para la industria militar. Esta vez es diferente. La tentación del enemigo ya no es posible. Tras el comunista, el traficante de drogas, el terrorista islámico, ahora ha aparecido uno que de verdad está oculto, que está en nosotros, que existe y no existe. No se puede hacer un cartel de “Se busca” con la imagen del virus y una recompensa. Una torre en llamas era una imagen fácil de vender. La vimos todos en un televisor, en vivo. Para este momento anticlimático no hay una ni siquiera remotamente parecida. Las plazas desoladas, como en una pintura de Giorgio de Chirico, o la gente mirando por la ventana, como en los cuadros de Edward Hopper, no movilizan a nadie. Ni los videos de drones sobrevolando autopistas sin carros y estaciones de metro sin gente, cual negativo de *Koyaanisqatsi*. Tristemente ni siquiera la de un cadáver envuelto en plástico y cinta bajo una caja de cartón.

Las plagas medievales nos pusieron a pensar de una forma diferente en Dios, nos plantearon por primera vez la duda sobre su existencia. ¿Este nuevo virus qué pregunta nos hace?

Me despierto con la misma molestia en la garganta. En la mañana, a medida que trabajo, la molestia es más persistente, pero no alcanza a ser un dolor. Cocino y mientras corto unas cebollas me envuelve una sensación parecida a la que precede a una gripa fuerte. Me sacuden latigazos de pánico. Imágenes de hospitales, pasillos, enfermeras. Tomo agua. Estoy tentado a tomar agua con sal. En la tarde siento como si un conejo se hubiera dormido en mi pecho. Me acuesto en el sofá con esa ligera

opresión y reviso mi teléfono, hago todo para evitar cualquier pensamiento aciago. Apenas si se lo menciono a mi esposa. Durante la noche me despierto varias veces. La molestia en la garganta está ahí, el conejo sigue sobre mi pecho.

Otra vez me despierto a medianoche. Odio el virus, odio el virus, odio el virus.

Cada tanto, aparecen en Seúl nuevos focos de contagio que son controlados como incendios, algunos más grandes y funestos que otros. A lo mejor las brigadas de desinfección y los oficiales de sanidad serán nuevos bomberos. Cada barrio tendrá su central. Habrá llamadas a medianoche, sirenas y cuando los contagiados estén aislados, entonces llegarán los peritos de las empresas de seguros. Solo espero que no exista el equivalente a un incendio provocado.

Los gurús necesitan poner a marchar su máquina opinadora, no vaya a ser que se queden sin clientela. Antes de abrir la boca deberían acordarse de las palabras de Walter Benjamin, que tanto deben haber citado: “Para el aparato gigantesco de la vida social, las opiniones son lo que el aceite para las máquinas; no nos situamos ante una turbina y la rociamos con lubricante. Inyectamos un poco en los remaches y junturas ocultas que sin duda debemos conocer”.

Tercer mes

Mi hermano me escribe desde Brasil, país en el que apenas empiezan las medidas de contención del virus. La restricción de movimiento lo cogió en Salvador de Bahía a donde había ido de vacaciones con su esposa tras defender la tesis de su doctorado en agronomía. Alcanzaron a estar dos días antes de tener que volver a Sao Paulo. Me envié fotos de una ciudad colonial desierta, de iglesias clausuradas y calles de adoquines por las que ni siquiera los perros caminan, fotos que bien podrían haber sido tomadas entre 1856 y 1857. En ese año murieron 36 000 personas debido a una epidemia de cólera en la Roma negra, como algunos llaman a la ciudad.

Almuerzo en un restaurante vietnamita al lado de casa. No venía desde que empezó la pandemia. Atiende la mesera de siempre. Nos miramos. Me pregunto si sonreía debajo de su mascarilla, como lo hacía al verme entrar. No saberlo me desconcierta. Es una sensación parecida a responder una llamada y oír como cuelgan del otro lado de la línea.

Decenas de ciudades alrededor del mundo están bajo cuarentena. Desde aquí, desde mi torre no elegida, entre agradecido y culpable, me las imagino cubiertas con una manta y amarradas con cuerdas, como puestos de mercados callejeros de madrugada o instalaciones inmensas que ni siquiera la pareja de artistas Christo y Jeanne-Claude, que forraron con una tela el Pont Neuf en París y el Reichstag en Berlín, habrían podido imaginar jamás.

¿Y qué hacen en estos momentos los detectives privados madrileños, los jardineros bogotanos, los limpiavidrios marsellese, los limosneros moscovitas, los vendedores puerta a puerta limeños, los serenateros angelinos, los loteros vieneses, los salvavidas sicilianos, los árbitros lisboetas, los espías galeses, los guardaespaldas maoríes, los Testigos de Jehová sevillanos, los gitanos del mundo? ¿Y qué de los carteristas canadienses, los masajistas del Vaticano, los guías de museos bengalíes, los capitanes de cruceros vietnamitas, los apartamenteros irlandeses, los profesores de academias de automovilismo salvadoreños, los agentes inmobiliarios griegos, los adictos a las drogas duras malteños, los asesinos a sueldo neozelandeses, los asesinos en serie islandeses, los dobles profesionales albaneses, los toreros daneses? ¿Y qué de los claustrofóbicos mongoles?

En su libro de memorias *Mi último suspiro*, Luis Buñuel dijo que le gustaría levantarse de la tumba cada diez años e ir a un quiosco, leer los titulares de cualquier periódico y volver a la comodidad de la muerte. Hoy el director de cine español se encontraría con dos noticias que bien podrían servir para una de sus películas: un crucero de lujo deambula con cuatro muertos a bordo por los océanos sin que ningún país lo deje atracar por temor al contagio; el papa ha dado la bendición *urbi et orbi*, la más importante para los católicos, frente a una plaza de San Pedro totalmente vacía.

Un tractor arrasa campos enteros de flores. Nos dicen que la decisión se tomó para que la gente no se acercara en manada a verlos y a tomarse fotos.

Hago por tercera semana consecutiva la fila para comprar las mascarillas. Queda poco o nada de la extrañeza del primer día. Veo que hay una K99 y la pido en lugar de la convencional K94 y la no tan recomendada K80. Al salir me acuerdo de cuando Michael Jackson empezó a usar mascarillas a mediados de los años ochenta. Su cara es la metáfora perfecta para describir nuestro mundo. Erosionó su nariz hasta casi hacerla desaparecer, fue excavándola entre dosis de propofol y diazepam y al final tuvo que cubrirla con una mascarilla de seda negra.

El virus ha hecho un tajo transversal en la sociedad coreana como si fuera un láser. En su recorrido los focos de contagio más importantes han sido: una secta cristiana, un hospital psiquiátrico rural, un *call center* con condiciones de trabajo precarias y los retornados ricos que regresan de Europa y Estados Unidos. Una pareja de estas dejó a propósito sus teléfonos en casa para que no pudieran rastrearlos y visitó un museo, varias tiendas, un colegio, una estación de gasolina y dos centros comerciales en cinco días. Se estudia la posibilidad de ponerles manillas electrónicas a los reincidentes para comprobar si dejan su lugar de confinamiento. Y ahora se suma en Seúl un cantante de *k-pop* y un gigantesco *room salon*, eufemismo usado para nombrar un “club de anfitrionas” donde hombres beben y pagan para disfrutar en compañía de mujeres jóvenes. Conversaciones y toqueteos que en algunos casos terminan en un hotel cercano. El *room salon* en cuestión funciona en dos pisos subterráneos de un edificio en Gangnam. Una de las cien trabajadoras fue contagiada por un cantante del grupo Supernova que regresó de Japón con el virus. Al principio sostuvo que era independiente, pero luego admitió que trabajaba en aquel club. Los desocupados buitres digitales ya estarán dando vueltas en círculo con ese dato.

La fantasía de la normalidad en forma de pretemporada de béisbol. Los primeros partidos empiezan la próxima semana a puerta cerrada. Encuentros fantasma. Ya hay un manual que los deportistas deberán seguir al pie de la letra: se les medirá la temperatura dos veces durante el juego, deben llevar mascarillas mientras esperan por su turno al bate, se les recomienda no chocar las manos sin guantes y bajo ningún motivo podrán escupir. ☹

*Este texto hace parte del libro *Los días de la fiebre* publicado por Editorial Planeta en el 2020.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ENTRE BARDOS

Rubén Darío, que tantas puertas abrió, recordó también a sus cofrades que aún había espacio en el mundo para la poesía narrativa. Predicando con el ejemplo, escribió *Los motivos del lobo*, una hermosa fábula cuya magia —en el caso personal de este cronista— le permitió sobrevivir a la obligación de aprenderla de memoria, allá en los idos de su bachillerato.

El ejemplo del nicaragüense fue atendido por poetas de este y el otro lado del mar. Entre ellos, y quizás los que mejor lo hicieron, los hermanos Machado, Manuel y Antonio; cada uno a su manera, los dos eligieron a Castilla como escenario de sus historias. En su poema *Castilla*, Manuel recuerda el destierro del Cid Campeador: “Por la terrible estepa castellana, / al destierro con doce de los suyos / —polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga”. Para narrar con gran sobriedad una bella anécdota que retrata, de una vez por todas, el carácter del héroe.

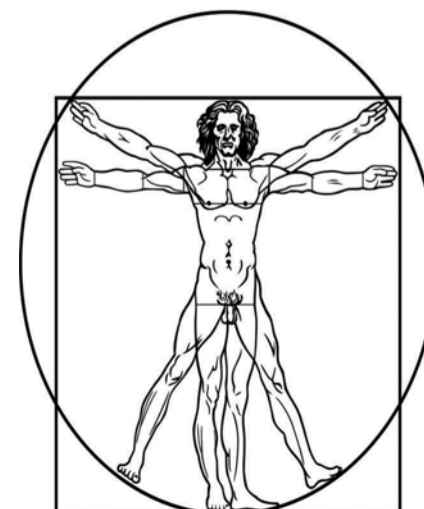
El poema de Antonio, *La tierra de Alvargonzález*, es un romance de noble cepa, inspirado en un episodio o leyenda que el poeta oyó relatar en un viaje por tierras de Soria. De hecho, Machado escribió dos versiones, una en verso y otra en prosa (caso bien extraño, si no único, en los anales de la poesía). Narra un hecho de venganza, con algo o mucho de fatalismo: “Mucha sangre de Caín / tiene la gente labriega...”.

Acaba aquí el tema, al menos por hoy. Aprovechando los arriba nombrados, se busca deshacer un entuerto.

Y es este: de las muchas citas falsas atribuidas a Borges, una de las más falsas es aquella según la cual, interrogado sobre la obra de los dos Machado, el argentino habría dicho: “No sabía que Manuel tenía un hermano”. No ironizaba así Borges, lector amigo, su humor era de mejores vuelos. Lo que sí afirmaba, cuando el tema salía a flote, era su admiración por los dos; aunque, matizaba, prefería “el andalucismo universal” de Manuel al “localismo castellano” de Antonio. En fin. Pero además debe añadirse otra frase suya sobre Antonio, escrita en el prólogo a un libro de Siruela: “Mi memoria está llena de sus versos”. Caso cerrado.

CODA

Y bien, otra frase borgiana, de nuevo sobre poetas españoles. Frase certificada, pues la oyó este cronista en vivo y en directo. Una dama de la concurrencia (BPP, año incierto) le pregunta si es verdadera su afirmación de que García Lorca y Miguel Hernández son poetas menores. Responde Borges: “Dije y repito que García Lorca me parece un poeta menor. De Miguel Hernández no he dicho nada, porque no lo he leído”. Calla aquí este escriba, herido de poesía. ☹



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

En septiembre 2013 la sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín ordenó a la Fiscalía enviar a la Corte Suprema copias del fallo que condenó a Cuco Vanoy para una posible investigación a Álvaro Uribe Vélez por la masacre de El Aro en Ituango. Rubén Darío Pinilla Cogollo, exmagistrado de esa Sala, recuerda ese fallo en estos tiempos de detenciones preventivas.



Exhumaciones de víctimas de desaparición forzada, Ituango, 2011.



Exhumaciones. Laboratorio forense de la fiscalía, 2012.

Una cierta mirada a la justicia y la paz

por RUBÉN DARÍO PINILLA COGOLLO • Fotografías de Natalia Botero

“A la Sala de Justicia y Paz me trajo una misión: [1] la búsqueda y revelación de la verdad sobre lo ocurrido en el país en los últimos 25 años de su devenir histórico como nación, [2] el compromiso y la deuda que tenía nuestra justicia con la investigación, juicio y sanción de los graves crímenes contra los derechos humanos y el Derecho Internacional Humanitario cometidos por los grupos paramilitares —y los miembros de los grupos armados insurgentes que se habían ido desmovilizando de manera individual— y [3] el reconocimiento, dignificación y reparación del desamparo y el sufrimiento de las víctimas”, así comenzaba mi carta de renuncia como magistrado de la Sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín. Tenía fecha del 27 de junio de 2017.

Hacia seis años había llegado con una licencia que obtuve como magistrado de la Sala Penal del mismo Tribunal, donde me había desempeñado durante casi veintidós años, para asumir el mismo cargo en la Sala de Justicia y Paz recién creada. El tránsito de una sala a otra no representaba alguna ventaja o beneficio, obedecía solo a un compromiso. Por esos días, por una afortunada coincidencia, se presentó en las salas de cine *Los colores de la montaña*, esa extraordinaria y sobrecogedora cinta que revela los avatares del conflicto armado

y los padecimientos y tribulaciones de las víctimas en medio del fuego cruzado, sin mostrar un solo disparo, salvo la explosión de una mina antipersona que pisó un cerdo. Al verla, me convencí del acierto de mi decisión.

Con el tiempo, tuve claro que la búsqueda de la verdad debía resolver unas preguntas fundamentales: “¿Cómo el régimen político colombiano ha podido conservar una apariencia democrática, a pesar de padecer una de las tragedias humanitarias más graves del mundo en los últimos treinta años y sin lugar a dudas la más grave de América Latina en ese período, superior a las vividas en Argentina y Chile en los años sesenta? ¿Cómo el gobierno ha podido seguir funcionando con elecciones aparentemente libres, con cambios de presidente y alternación de los partidos, con promulgación y vigencia de las leyes, como cualquier régimen democrático y [con] vivir con las más graves violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario a todo lo largo y ancho de la geografía nacional? ¿Cómo y qué lo hizo posible y qué es necesario reformar para que no vuelva a suceder?”. Con esos interrogantes empezaba el esfuerzo por reconstruir la verdad en la decisión del 4 de septiembre de 2013, que tanto revuelo causó y tantos obstáculos encontró de ahí en adelante.

Después de oír y examinar cientos de versiones de comandantes y combatientes

rasos de los grupos paramilitares, testimonios de víctimas y testigos, opiniones de expertos, estudios de investigadores sociales, documentos, antecedentes y expedientes judiciales, la respuesta a tales interrogantes quedó consignada en dos decisiones, la última de ellas, y las más acabada, la sentencia del Bloque Cacique Nutibara del 24 de septiembre de 2015.

A diferencia de lo que sostenían la Sala de Bogotá y no pocos investigadores, lo primero que constatamos fue que el surgimiento y expansión de los grupos paramilitares no obedecía a la ausencia del Estado en amplias zonas de la geografía nacional. Por el contrario, “nacieron y crecieron allí donde había presencia del Estado y de las Fuerzas Militares y de la mano de estas. En Medellín, en el Magdalena Medio, en Urabá, en el Bajo Cauca, en el norte y el nordeste, en Córdoba y, en fin, donde quiera que surgieron y por donde quiera que pasaron había brigadas y batallones del ejército y comandos de policía para garantizar la seguridad” (esta y las demás citas entre comillas provienen de las sentencias y decisiones citadas).

Hubo, entonces, una estrecha relación entre los grupos paramilitares, las Fuerzas Militares y la Policía Nacional. Pero no fue la única. También contaron con la bendición y apoyo de destacados sectores de las clases dirigentes, funcionarios del más alto nivel, empresarios y

narcotraficantes, en algunos casos juntos, en otros de manera paralela, pero unidos por los mismos designios. Esos que ahora llaman terceros, pero que no lo fueron. En muchos casos llegaron primero a las sabanas de Córdoba, donde permanecían Vicente y Carlos Castaño, a solicitarles la creación de grupos paramilitares en su región, o bien acudirieron prestos al llamado de Salvatore Mancuso y los otros comandantes de las AUC.

Así supimos que la creación y expansión de los grupos paramilitares había sido el fruto de una política de amplios círculos del Estado, los sectores dominantes de la sociedad civil y el narcotráfico, a la que las otras fracciones del Estado asistieron con una mirada complaciente, condescendiente o tolerante. Poco o nada hicieron por impedirlo. Esa política se afianzó y desarrolló por toda nuestra geografía y se hizo dominante. Solo de esa manera “se explica que en unos pocos años coparan todo el territorio nacional”.

De esa forma entendimos que hubo una política de guerra sucia para combatir a los grupos armados insurgentes, a disidentes políticos, a sindicalistas, a ciertos movimientos y líderes sociales y a sectores vulnerables de la población. Pero a diferencia de los regímenes del Cono Sur, el Estado se mostraba ajeno a esa guerra ejecutada por grupos irregulares e ilegales. Pero ni el Estado era

ajeno, ni estos obraban por su cuenta. Bajo la superficie, era posible ver y descubrir que esa separación era artificiosa, pues tales grupos actuaban de la mano de altos círculos del Estado, las Fuerzas Militares y la sociedad civil. Contaban con que, a fin de cuentas, lo que importa es la forma, la apariencia, como es usual en Colombia.

“Eso explica que el régimen político colombiano haya conservado una apariencia democrática, a pesar de padecer una de las tragedias humanitarias más graves del orbe en los últimos 30 años y sin lugar a dudas la más grave de América Latina en ese período. Y explica que el gobierno haya seguido funcionando con elecciones aparentemente libres, con cambios de presidente y alternación de los partidos y promulgación y vigencia de las leyes, como cualquier régimen democrático, a pesar de vivir las más graves violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario a todo lo largo y ancho de la geografía nacional”, concluimos entonces en la sentencia. Por debajo de esa democracia aparente, y a cubierto, corría un río caudaloso, el de las masacres, las ejecuciones, las desapariciones, las violaciones, los desplazamientos y todos los métodos de terror de la guerra contrainsurgente.

Unos años antes, un compañero de la Sala Penal, incrédulo él, me había vaticinado que desde la Sala de Justicia y Paz no iba a poder realizar alguna tarea encomiable, como yo creía, más allá de conceder penas de ocho años a quienes habían cometido las más graves violaciones a los derechos humanos y el Derecho Internacional Humanitario. Solo con el tiempo me fue quedando claro que los objetivos que me habían llevado a la Sala de Justicia y Paz, y por los cuales renuncié a mi cargo de magistrado de carrera de la Sala Penal dos años después, enfrentaban grandes obstáculos así hubieran sido confiados a jueces de la más alta categoría, apenas por debajo de la Corte Suprema de Justicia.

Entendí, entonces, que la búsqueda de la verdad no es pacífica y tiene costos. Hay demasiados intereses detrás y nadie quiere aparecer como responsable del conflicto, ni cargar con la culpa de las violaciones. Una vez terminada, o

cuando todavía se escuchan los disparos de los morteros y los fusiles, la guerra se traslada a sus responsables, a sus causas, a su relato y sus memorias. Es el otro o el último escenario de la confrontación.

La primera de las decisiones fue una auténtica prueba de fuego. No tanto por excluir del proceso de Justicia y Paz a los miembros del Bloque Cacique Nutibara juzgados en ese caso. Las verdades reveladas en ella y, sobre todo, las copias que ordenamos expedir para investigar al expresidente Álvaro Uribe, a la fiscal general Viviane Morales, a varios generales de la república, a altos mandos militares y de policía y a decenas de funcionarios públicos a raíz de los hallazgos e indicios de sus relaciones con los grupos paramilitares o su responsabilidad en los hechos, generó una campaña de difamación y desprestigio a través de las redes sociales y algunos medios de información, que de alguna manera yo había anticipado, así como los riesgos para mi seguridad, pero que no creí que alcanzara la dimensión que tuvo.

Pero también se hizo evidente la férrea oposición de los intervinientes en el proceso a esos aspectos de la decisión. No era más que la expresión de lo que sucedía fuera de él. Fue una verdadera conspiración, que contó con el apoyo de uno de los magistrados que hacía parte de la Sala, quien siempre se opuso a expedir copias contra los personajes públicos y los funcionarios involucrados, o fue reticente hacerlo.

La intuición y la experiencia adquirida a través de los años como juez y fiscal me decían que detrás de la apelación interpuesta por todos estaba el interés de impugnar la orden de expedir copias contra dichos personajes, aunque tal orden no era apelable. La audiencia en que se debía sustentar el recurso me demostró que no estaba equivocado. Todos a una, como en la obra de Lope de Vega, desde el fiscal hasta el defensor de los postulados y los apoderados de las víctimas, manifestaron su intención de apelar la orden de expedir dichas copias, aunque esa decisión no afectaba a las partes que ellos representaban. Por el contrario, apuntaba a establecer otros responsables y garantizar sus derechos a la verdad y a la justicia. El fiscal llegó al

extremo de rehusarse a sustentar el recurso que había interpuesto si no se le permitía apelar la orden de compulsar copias para investigar a los otros posibles responsables. En ese empeño contaron con el aval mal disimulado del agente de la procuraduría y el magistrado de la Sala que se opuso a expedirlas, para que se les permitiera apelar tal orden, con salvamento de voto incluido. Al final, reiterando una añeja e invariable jurisprudencia, la Corte ratificaría que una orden de expedir copias no era apelable. Nunca lo ha sido, pero todos se empeñaron en apelarla, a pesar de que no afectaba sus derechos e intereses en el proceso.


El mismo día que se realizó dicha audiencia, y una vez terminada, uno de los abogados se le acercó a una empleada de la Sala y le manifestó que ellos no iban a permitir que se pusiera en entredicho al Ejército. Era un apoderado de las víctimas. A los pocos días supe, por boca de uno de los asistentes, que todos los agentes de la procuraduría se habían reunido con un agente designado desde Bogotá, amigo del procurador, para estudiar la manera de hundir la orden de expedir dichas copias. En ese conciliábulo llegaron a la conclusión de que la mejor, o la única manera de conseguirlo, era logrando la nulidad de la decisión. Esa fue la petición del representante de la procuraduría en la audiencia y de los demás intervinientes en ella y sería la decisión que adoptaría la Corte más tarde. Días después, al mirar la grabación de la audiencia, parecía una celada de todos los intervinientes contra los dos magistrados que suscribimos la decisión. Me cuenta entonces de que el paramilitarismo estaba vivo.

Casi un año después, la Sala de Casación Penal de la Corte, en una resolución jurídicamente insostenible, en la que modificó su jurisprudencia vigente hasta ese entonces, haciendo gala de argumentos inconsistentes y contradictorios, anuló esa decisión. Aunque no es difícil demostrarlo, no quiero extenderme en argumentos jurídicos que no son el objeto de este escrito. Pero sí me quedaron muchas dudas e interrogantes: si dos de las causas de la nulidad se afinaban en las presuntas irregularidades

que hubo en el trámite del proceso, ¿por qué anularon solamente la decisión y no decretaron la nulidad del proceso? Si la otra causa estaba basada en que no podíamos excluir de oficio a los postulados del Bloque Cacique Nutibara del proceso de Justicia y Paz, ¿por qué anular toda la decisión, que tenía diecinueve numerales, y no solamente el numeral que ordenaba su exclusión, en el que estaba el supuesto vicio? ¿Por qué anular toda la decisión por esa causa, en vez de revocar la determinación que los excluía del proceso y, en su lugar, ordenar continuarlo con ellos incluidos, como podía hacerlo la Corte como juez de segunda instancia? ¿Por qué acudir a la nulidad de la decisión, si esta es un remedio extremo al que solo se acude cuando no hay otra manera de corregir la irregularidad, como podía hacerse en este caso, revocando simplemente la resolución de excluirlos? ¿Por qué cambiar la consistente jurisprudencia de la propia Corte que nos permitía excluir de oficio a los postulados al proceso de Justicia y Paz, y que citamos expresamente en la decisión? Eran demasiados interrogantes para declararnos satisfechos.

Esa misma Sala de Casación Penal de la Corte, un par de años más tarde, al conocer la apelación de la sentencia del Bloque Cacique Nutibara del 24 de septiembre de 2015, ordenó suprimir de la sentencia todo el capítulo de las conclusiones, las mismas a las que me he referido en este artículo, como si se tratara de borrarlas con un borrador de nata para que no quedara vestigio de ellas, o desaparecerlas como otra más de las víctimas del conflicto. Era la primera vez en mis 37 años de experiencia como juez, fiscal y magistrado que una apelación no se resolvía revocando, modificando o adicionando una decisión para reemplazarla por otra, sino suprimiendo literalmente apartes sustanciales de una sentencia. No era de extrañar. Ya antes esa misma Corte había calificado como “indebido e innecesario” el esfuerzo que hicimos por develar la verdad en la sentencia del 9 de diciembre de 2014 en el caso de Jesús Ignacio Roldán, alias Monoleche. No fue la única decisión que me sorprendió. Tampoco la única que encontré injustificada o infundada.

Al final de nuestro tránsito por la Sala de Justicia y Paz del Tribunal Superior de Medellín llegamos sin frustraciones. La reparación y dignificación de las víctimas me dio las satisfacciones y gratificaciones que tanto extrañaba en mis últimos años en la Sala Penal del Tribunal de Medellín. Siempre tuve claro que el incidente de reparación consagrado en el proceso de Justicia y Paz no era simplemente un trámite para tasar las indemnizaciones, sino un escenario de reparación y reconciliación de los largos años del conflicto. El espacio donde las víctimas podían volver a ser protagonistas de su destino, con la participación de los victimarios, pero sin aniquilarlos. Y también el espacio para reconciliar a las víctimas con la justicia, ausente durante tantos años. Allí llegaron las víctimas y los victimarios, con su atavío y su palabra, con sus angustias y sus memorias y cada uno alzó su voz.

En ese escenario vi a una madre fundirse en un abrazo de reconciliación con quien mató a su hijo, a una invidente ver con los ojos del alma a quien puso las armas en las manos de quienes asesinaron a su único hijo, perdonarlo con un abrazo y darle su bendición. Nunca antes había visto tanta capacidad de perdón. Ni tanta resiliencia para no sucumbir ante la devastación y el sufrimiento. Sus lágrimas todavía habitan en mi alma. Sí, las lágrimas de las angustias y el dolor de las víctimas que fui recogiendo en cada uno de los incidentes en ese esfuerzo por dignificarlas y reconciliarlas con la vida y la justicia. Todavía sigo creyendo que ese esfuerzo valió los riesgos y las noches en vela. 

La máquina de producción de violencia en Colombia tiene nombres, apellidos y alias. La política mezclada con el narcotráfico y el paramilitarismo deja un rastro de sangre enorme. Este es un recorrido por dos décadas de silencio, fusiles, tribunales, pero, sobre todo, cuerpos dejados en cualquier parte.

Aquí no ha habido muertos

por MARÍA MCFARLAND • Fotografía de Natalia Botero

Mancuso empezó a hablar desde noviembre de 2008 después de su extradición a los Estados Unidos. Dio detalles de la entrada de los paramilitares a Ituango en 1996 y 1997, que él y Carlos Castaño habían organizado en colaboración cercana con miembros del ejército. Mancuso dijo que se había encontrado con Alfonso Manosalva, el director de la Cuarta Brigada del Ejército, al menos diez veces para recibir información y coordinar la incursión paramilitar en la región. Mancuso dijo que los paramilitares también habían ayudado a otras partes del gobierno: habían coordinado directamente con Pedro Juan Moreno, el entonces secretario de gobierno de Álvaro Uribe, quien por ese entonces era gobernador de Antioquia, el establecimiento de las Convivir que los paramilitares utilizaban como fachada para sus actividades. Contó que en una reunión en una finca en Córdoba el mismo Castaño, delante de Mancuso, le había dado información detallada a Moreno acerca de sus planes de ir a El Aro, al parecer para reducir la presencia de la guerrilla en la región y rescatar a unos secuestrados que estaban en poder de las Farc. Mancuso dijo que para la masacre los paramilitares coordinaron directamente con las tropas del ejército del pueblo vecino, Puerto Valdivia. Según Mancuso, tanto el ejército de la zona como la policía sabían todo lo que estaba pasando. También dio más detalles de los helicópteros que había mencionado antes: había cuatro helicópteros volando sobre el sitio de la masacre. Uno le pertenecía a la guerrilla, que lo usó para evacuar a sus líderes. Otro les pertenecía a los paramilitares y Mancuso voló en ese, llevando municiones, removiendo los cuerpos y sacando a los paramilitares heridos. El tercero, dijo, era amarillo y naranja, y le pertenecía a la gobernación de Antioquia: dijo verlo volar mientras los paramilitares llevaban a cabo su operación. El cuarto pertenecía al ejército y voló por encima del lugar mientras los paramilitares dejaban el pueblo.

En 2012 Mancuso declaró públicamente que los paramilitares habían hecho campaña activa para la reelección de Uribe en 2006. Ese mismo año declaró ante un tribunal de Justicia y Paz que había contribuido con apoyo financiero para la campaña de Uribe de 2002. También dijo que por petición suya los miembros del Congreso Eleonora Pineda y Miguel de la

Espriella (quienes luego fueron condenados por los casos de la parapoltica) se habían encontrado con Uribe en su finca de El Ubérrimo, para decirles que los paramilitares habían contribuido con grandes sumas de dinero para su campaña, y que, si ganaba, los paramilitares, querían empezar unas negociaciones de paz. En sus declaraciones, Pineda y De la Espriella apoyaron lo dicho por Mancuso.

Mancuso también declaró que había mantenido una cercana relación de trabajo que se remontaba a 1995 con Pedro Juan Moreno, y que esa relación se prolongó hasta la muerte de Moreno en un accidente de helicóptero en 2006. Dijo haberse encontrado con el mismo Álvaro Uribe cuando este era gobernador de Antioquia, y que durante la campaña presidencial había continuado en contacto con el candidato a través de Moreno (sumado a Pineda y De la Espriella). Dijo que, en un punto durante la campaña, Moreno le había dicho que estaba preocupado con el daño que las constantes masacres de los paramilitares le podrían hacer a la imagen de Uribe, y lo instó a que en cambio se enfocara en operaciones más puntuales. Los paramilitares estuvieron de acuerdo en detener las masacres hasta que concluyeran las próximas elecciones.

En otras declaraciones Mancuso dijo que de hecho había conocido a Uribe en reuniones sociales antes de que él se uniera a los paramilitares. Pero dijo que se había conocido formalmente con Uribe cuando este fue gobernador de Antioquia. Mancuso ya era paramilitar, el gobernador ya lo sabía. Dijo que se había encontrado con Uribe en su finca de El Ubérrimo en Córdoba y que un oficial de la policía de ese departamento lo había presentado como el hombre que los estaba “ayudando” con la seguridad de la región. Mancuso recuerda haberle oído decir a Uribe que estaba feliz de que los estuviera ayudando, y que hablaron en particular acerca de un ataque, que al parecer, las Farc estaban planeando en contra de Uribe y de su finca, y de sus esfuerzos por descubrir quiénes, exactamente, estaban involucrados en el complot.

Uribe respondió con un comunicado que negaba rotundamente las declaraciones del líder paramilitar y de los excongresistas, y añadió que se había comunicado con el embajador de los Estados Unidos en Colombia, pues había oído que Mancuso estaba presionando a excongresistas, para obligarlos a declarar en contra de Uribe. También anunció, vía Twitter,

que planeaba entablar una denuncia penal en contra de ellos por dar declaraciones falsas. Después de un tiempo Uribe, al parecer, denunció a Mancuso por injuria y calumnia y pidió que fuera removido del proceso de Justicia y Paz por haber mentido acerca de él. El abogado de Uribe, Jaime Granados, les dijo a los medios que Mancuso estaba dando esas declaraciones por un deseo de venganza, pues Uribe lo había arrestado y extraditado.

Don Berna, quien en 2009 había sido condenado por narcotráfico y sentenciado a 31 años de prisión en Miami, también empezó a hablar años después. Confirmó gran parte de lo que *Semana* había reportado acerca de sus esfuerzos con Job para enlodar a la Corte Suprema, al igual que de las reuniones frecuentes que este tenía con representantes de la presidencia y del DAS.

Y en mayo de 2012 Don Berna ofreció pruebas nuevas en el asesinato de Jesús María Valle. De acuerdo con Don Berna, el líder de las AUC Carlos Castaño había ordenado que la banda La Terraza, con sede en Medellín, que respondía a los paramilitares y era dirigida por un hombre conocido como Elkin, llevara a cabo el asesinato de Valle porque Castaño creía que el defensor de los derechos humanos estaba ayudando a las Farc. Don Berna dijo que él fue parte de esas conversaciones y que fue la persona que llamó a Elkin para que hablara con Castaño sobre el plan de asesinato. Entonces Elkin envió a una mujer que trabajaba para La Terraza a la oficina de Valle para que actuara como una posible cliente y recogiera inteligencia sobre él. Basada en esa información, ella y otros dos miembros de La Terraza fueron a su oficina y lo ejecutaron.

Pero Don Berna hizo otro comentario, añadiendo que el asesinato “fue a petición del doctor Pedro Juan Moreno, ya que él (Valle) estaba haciendo una investigación sobre los hechos que ocurrieron en El Aro”. Dijo que a principios de 1998 Pedro Juan Moreno había ido a una finca en la que Carlos Castaño se reunía con frecuencia con oficiales, y le dijo que Valle estaba llevando a cabo una “investigación” que iba a afectar a miembros del ejército y del gobierno. Según Don Berna, Carlos creía que quien hiciera esa clase de acusaciones en contra del ejército era un colaborador de la guerrilla. Entonces convinieron en asesinar a Valle. De acuerdo con Don Berna, Castaño le dio las órdenes para el asesinato a Elkin y le explicó que Valle era “incómodo” para miembros del



Masacre paramilitar en Granada, Antioquia. 2002.

Estado por sus acusaciones sobre casos como el de la masacre de El Aro.

El mismo expresidente Uribe se enfrentaba a la posibilidad de nuevas investigaciones. Entre estas se encontraba una investigación por la muerte en un accidente de helicóptero en 2006 de su antigua mano derecha en Antioquia, Pedro Juan Moreno. Moreno y Uribe se habían distanciado en los años anteriores a la muerte de Moreno: de acuerdo con uno de los asesores de Uribe, Moreno había esperado que Uribe estableciera una nueva agencia central que supervisara a todos los organismos de inteligencia y que él la controlara, por lo que se sintió traicionado cuando Uribe no lo hizo. Durante su campaña presidencial, Uribe también se volvió cercano de otros asesores. Tras la elección presidencial de Uribe, Moreno se volvió muy crítico de la gente cercana al presidente, haciendo de su rutina arremeter contra el equipo de Uribe a través de su revista *La Otra Verdad*, en la que escribía historias o trozos de chismes que parecían diseñados para socavar al gobierno. Cuando Moreno murió los resultados oficiales de la investigación dijeron que la caída del helicóptero había sido un accidente y que no habían encontrado evidencias de que hubiera habido manipulaciones del artefacto. Pero los rumores han rondado en torno a la muerte de Moreno desde ese entonces.

En 2010 el general Rito Alejo del Río —a quien Uribe honró durante una ceremonia en 1999 después de que la administración de Pastrana hubiera retirado al oficial— declaró a los fiscales que el choque del helicóptero que llevó a la muerte de Moreno no había sido un accidente. Del Río dijo que Moreno había sido asesinado (Del Río luego fue condenado por homicidio en un asunto distinto, y hasta la fecha sigue bajo

investigación por la masacre paramilitar de Mapiripán en el Meta en 1997). En febrero de 2016, después de que el antiguo paramilitar conocido como Don Mario dijera que Uribe había estado involucrado en la muerte de Moreno, la fiscalía general le pidió a la Corte Suprema y a la comisión de acusaciones del Congreso colombiano que lo investigara.

En respuesta a preguntas escritas que le hice para este libro, Don Berna también declaró que Pedro Juan Moreno había muerto como resultado de un “saboteo” del helicóptero en el que iba, “acción llevada a cabo por órdenes de Uribe”. Sin embargo, no ofreció ninguna manera de verificar su afirmación ni evidencias que la respaldaran. Cuando lo presioné sobre los fundamentos de su declaración, Don Berna solo dijo que “en la ilegalidad se saben muchas cosas, pero como son ilegales no se pueden demostrar. Es como cuando un policía te pide un soborno, jamás te dará un recibo”.

Uribe ha negado con vehemencia estas declaraciones. Afirmó que Moreno nunca dio señales de cercanía con los grupos paramilitares. “Con la cobardía de los delincuentes”, dijo Uribe, “la gente empezó a acusar a Moreno de vínculos con los paramilitares después de su muerte, pero no cuando estaba vivo”. En una entrevista de radio en 2016 Uribe expresó su dolor ante la posibilidad de que una nueva investigación pudiera hacerle pensar a la familia de Moreno que él estuvo involucrado en la muerte de su antiguo asesor. Desafió la credibilidad de Don Mario al anotar que durante su administración había presionado continuamente por la captura del antiguo paramilitar hasta que la consiguió. No respondió a las preguntas escritas que le hice para este libro sobre las declaraciones de Don Berna, si bien ha cuestionado

en repetidas ocasiones la credibilidad de los líderes paramilitares extraditados.

En una sentencia de febrero de 2015 del Tribunal de Justicia y Paz de Medellín, la Corte dirigió a la fiscalía a investigar a Uribe por promover, auspiciar, apoyar y concertarse con grupos paramilitares y las Convivir vinculadas a ellos, ya bien como gobernante o como presidente. La Corte mencionó los muchos ejemplos de gente cercana a Uribe que tuvo nexos con los paramilitares, al igual que casos y situaciones que involucraban a los paramilitares o a funcionarios públicos —como en el de la masacre de El Aro— que ocurrieron cuando Uribe fue gobernador de Antioquia. “No puede ser que ignorara lo que estaba sucediendo en esos casos, o todos esos hechos se cometieran a sus espaldas, como tantos otros que se les atribuyen a sus colaboradores más cercanos y que tampoco podía ignorar como los actos cometidos contra la Corte Suprema de Justicia”, dijo la Corte, anotando que “la cuestión no es de testimonios. Es de lógica y lógicas. Como en alguna ocasión dijo el actual director de El Espectador, Fidel Cano Correa, no es posible estar dentro de una piscina y no mojarse”.

Uribe argumentó que muchos de estos asuntos —como el de la supuesta presencia del helicóptero de la gobernación durante la masacre de El Aro— habían sido meticulosamente investigados antes. Y continuó insistiendo en que esas acusaciones eran parte de una venganza política en su contra y la de sus aliados, entonces dirigida por el grupo pro-Santos, y que las declaraciones de los paramilitares contra él eran en retaliación por su extradición. ¹⁶

¹⁶En el texto anterior, publicado con autorización de la autora, juntamos apartes del último capítulo y el epílogo del libro *Aquí no ha habido muertos*, editado por Planeta en el 2018.

La mafia, el paramilitarismo y la capucha de un Estado cómplice fueron la marca, la cruz del Medellín de los años ochenta. Esta pequeña memoria de María Victoria Fallon nos recuerda lo implacable que era la ciudad. Crímenes que todavía están en las carpetas judiciales, victimarios que todavía están agazapados.

Primera línea

por MARÍA VICTORIA FALLON • Fotografía de Natalia Botero



Convención Nacional con el ELN en Río Verde, oriente de Antioquia, 1998.

Creo no equivocarme si digo que la década de los ochenta marcó lo que sería el resto de mi vida. Siendo estudiante de ingeniería química en la Universidad Nacional hice parte de un activo movimiento estudiantil que participaba tanto de los paros cívicos nacionales como de la defensa de los habitantes del asentamiento de la Iguaná —aledaño a la universidad— cada vez que la policía intentaba un desalojo violento. Movimiento estudiantil reprimido como el resto de las manifestaciones populares con el Estatuto de Seguridad del gobierno de Julio César Turbay Ayala, por cuya cuenta estuve detenida diez días, en 1981, por llevar conmigo una pintura en aerosol y les juro por mi honor que ningún “delito” diferente se me endilgó.

Mi paso por la Universidad Nacional no tuvo feliz término porque cursando octavo semestre, con un desempeño académico que me permitía ser auxiliar de cátedra, las directivas universitarias dieron por terminada mi estadía en el campus; es decir, me expulsaron por mi

participación en el movimiento estudiantil.

Separada por la fuerza del movimiento conocí a través de una gran amiga un mundo que hasta ese momento no se me había develado: el de la defensa de los derechos humanos. Corría 1983 y de manera tímida empezaba a reconocer a mujeres y hombres que hacían parte de un maravilloso grupo de personas que asumían la defensa de los derechos de las otras personas como si fuesen los propios. Lo hacían desde la ética, inspirados por los principios de la Declaración Universal de Derechos Humanos y conforme era necesario actuar en el día a día, según aparecían los familiares de las víctimas de violaciones cometidas por fuerzas del Estado. Algunos cuantos eran abogados, pero la defensa de los derechos humanos no se hacía solo desde los estrados judiciales, había médicos, ingenieros, amas de casa, publicistas, economistas... Hombres y mujeres de los más disímiles oficios.

Aunque el Estatuto de Seguridad había sido derogado, vivíamos en un mundo de terror: no había debido proceso, los civiles eran

conducidos a instalaciones militares, el mismo juez que investigaba era el que acusaba y el que dictaba sentencia. No se conocía el recurso de tutela y otros, como el *habeas corpus*, estaban en el papel pero eran inoperantes. Y el narcotráfico empezaba a tomarse la ciudad.

En 1983 fui caminante anónima en la multitudinaria Marcha por la Vida promovida por el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos y cientos de organizaciones gremiales. En realidad no lo recuerdo pero puedo imaginar que mientras caminaba entre el Teatro Pablo Tobón Uribe y el Parque de Berrío, tenía el firme convencimiento de que el gobierno de Belisario Betancur escucharía nuestro clamor por la vida. Era joven y la ilusión me acompañaba, no dimensionaba lo que apenas estaba empezando y que sumiría a Colombia en una sangrienta guerra que dejaría millones de víctimas.

Conocí al doctor Héctor Abad Gómez y supe de sus acciones a favor de mi amigo Luis Fernando Lalinde Lalinde a quien había conocido siendo estudiante, y a quien su madre Fabiola buscaba con persistencia luego de saber que el ejército nacional lo había detenido, torturado y desaparecido. Conocí a una maravillosa mujer que dedicaba su tiempo y sus recursos personales a llevar consuelo y elementos esenciales a los presos políticos en la cárcel Bellavista: doña Elvia Urán de Beltrán, y al abogado Darío Arcila Arenas, presidente del Colegio Antioqueño de Abogados, que nunca tuvo temor de entrar a batallones militares para asumir la defensa de los acusados de rebelión.

Pasado el amargo trago de mi expulsión de la universidad, junto con otros veintitrés líderes estudiantiles, apenas empezando a conocer el complejo mundo de los derechos humanos, sin ponerle mucho cacumen, decidí que iniciaría estudios nuevamente, esta vez de derecho que por demás había sido la profesión de mis dos abuelos.

No hay mal que por bien no venga, dice el adagio popular, y en mi caso creía haber encontrado mi verdadera vocación: sería abogada penalista y defendería a los injustamente acusados y enjuiciados. El libro *Conceptos fiscales por los que nacen procesados*, un maravilloso compendio de defensas fiscales en favor de hombres y mujeres desamparados ante una justicia injusta, escrito por el maestro J. Guillermo Escobar Mejía, apalancó mi idea de usar el derecho penal para estar del lado de los oprimidos. A eso se sumó mi primera defensa penal en el consultorio jurídico de la Universidad Autónoma: un joven mariguanero detenido en la cárcel Bellavista por entrar al solar de un vecino para robarse una pala con el mango roto.

Conforme avanzaban mis estudios de derecho crecía mi interés en los derechos humanos. La violencia se ensañaba cada vez con más ira en los activistas populares, en los integrantes de la UP, en los dirigentes estudiantiles y en los defensores de derechos humanos. Para entonces era poco lo que podía hacer, pero Patricia Fuenmayor siempre acudía a las reuniones que se convocaban del Comité Permanente y eso me llenaba de confianza.

El 13 de agosto de 1987 participamos miles de personas en la manifestación que se convocó como la Marcha del Silencio y que la historia ha ido recordando como la

Marcha de los Claveles Rojos. Otra marcha por la vida realizada por el llamado del Comité Permanente y de los profesores y estudiantes de la Universidad de Antioquia. Al día siguiente fue asesinado en su casa el médico humanista Pedro Luis Valencia, senador de la UP, uno de los que había encabezado el multitudinario reclamo de respeto a la vida. La noticia fue impactante no solo por lo que la víctima representaba en Colombia sino por la brutalidad y saña con que se realizó el crimen: los asesinos utilizaron una camioneta para tumbar la puerta del garage de su casa y entrar por allí. Pedro Luis fue acerbillado en presencia de su esposa y de sus dos pequeños hijos.

Para entonces, en la lista de asesinados o desaparecidos había ya varios conocidos cercanos, con los que había compartido espacios y experiencias en el movimiento estudiantil. A esa lista se agregaría a Luis Felipe Vélez, presidente de la Asociación de Institutores de Antioquia, a quien conocía de años atrás, asesinado en las primeras horas del 25 de agosto. La noticia de su asesinato llegó a la Universidad Autónoma antes de que se terminaran las clases de la mañana. No esperé y caminé sola hasta la sede de Adida. Cuando llegué la casa estaba llena de maestros y estudiantes, todos expectantes y desorientados como lo estaba yo. Saludé algunos conocidos y regresé en la tarde a la universidad que para ese momento era mi comunidad natural, un poco con la necesidad de compartir la tristeza.

Pero en medio de las clases de la noche se supo la nueva y trágica noticia: acababan de asesinar a Héctor Abad Gómez y a Leonardo Betancur Taborda, también médico y miembro del Comité, cuando ingresaban a la sede de Adida para acompañar a los maestros. Intenté hacer nuevamente el recorrido que había hecho en la mañana pero la tristeza no me dejó, no llevaba más de dos cuadras subiendo por la calle Colombia y mis ojos se llenaron de lágrimas. Una mano negra había herido la esperanza. En el sepelio del doctor Héctor Abad se percibía ese desasosiego que produce la incertidumbre, el no saber cómo detener la muerte, las palabras de su amigo Carlos Gaviria señalaron a los asesinos, pero no por ello se detendría el exterminio.

Con el asesinato de Héctor Abad habíamos quedado acéfalos, no recuerdo cuánto tiempo pasó, semanas quizás. Para ese momento habían empezado los exilios de varios destacados defensores que buscaron refugio en otros países. Mi participación en el Comité se había vuelto más activa, lo que me dio la oportunidad de trabajar de la mano con Jesús María Valle, Fabiola Lalinde, Patricia Fuenmayor, Darío Arcila Arenas, J. Guillermo Escobar, Elvia Urán, Marta Luz Saldarriaga, Azucena Silva, Beatriz Jaramillo, Luis Fernando Wolff, Mario Pineda, Hernando Londoño Berrío, por mencionar solo a algunas de las mujeres y hombres que hicimos parte de lo que podría llamarse la resistencia.

Una noche entre octubre y noviembre de 1987 reunimos a puerta cerrada una amplia asamblea de defensores en la sede de Colegas, en El Palo entre Ayacucho y Colombia, con el propósito de hablar sobre la reconstitución del Comité. En medio de la reunión se sintieron golpes en la puerta principal. Si fue un intento de ataque o un tardío participante que quiso que le abrieran nunca se

supo, porque el ambiente era tenso y nadie se acercó a la puerta a indagar. Los golpes pasaron y la reunión siguió, aún escuchó al maestro J. Guillermo Escobar decir que asumir la presidencia del Comité era un suicidio y que no podíamos pedirle a nadie que lo hiciera. Pese a ello, el abogado catedrático de la Universidad de Antioquia Luis Fernando Vélez Vélez, recogió la bandera de la presidencia y la asumió.

El 11 de diciembre de ese año realizamos el acto de reconstitución del Comité Permanente en la sede del Concejo de Medellín y Luis Fernando Vélez pronunció un discurso que tituló “La dignidad iguala a los hombres”, y que empezaba diciendo: “Los derechos humanos deben defenderse en cabeza de todos los hombres porque lo único que los iguala es su consustancial dignidad”. Eran épocas en las que la lucha por los derechos de las mujeres no había llegado al lenguaje con su mensaje inclusivo. Llamaba a la ecuanimidad para no ser maniqueos al defender los derechos humanos, haciendo distinciones al momento de defender un derecho ajeno, pero claramente manifestaba que los defensores de derechos humanos debíamos tener predilección por los humildes, los discriminados y los aliados más indefensos. Seis días después, el 17 de diciembre de 1987, Luis Fernando fue asesinado.

Así cerramos el año 1987 y para ser honesta no recuerdo cómo a la presidencia de Luis Fernando Vélez le siguió la del también abogado Carlos Gónima López, miembro de la Unión Patriótica. El mensaje de los asesinatos regresó con igual furia dos meses después y el 22 de febrero de 1988 Carlos fue asesinado. No permitirían ni la defensa ni las denuncias de violaciones de derechos humanos en Medellín. En menos de seis meses habían sido asesinados cinco destacados miembros del Comité Permanente, tres de ellos fungiendo la presidencia.

Vino entonces un período silencioso, casi clandestino de trabajo del Comité. No faltó quien propusiera que en efecto nos “clandestinizáramos”, lo que causó más hilaridad que otra cosa, pues un comité por la defensa de los derechos humanos perdería su esencia de esa manera. Nos reuníamos algunas veces en Colegas pero ya no en el salón principal sino en un lugar cerrado que tenían en el segundo piso y en donde nos sentíamos más seguros, también lo hicimos en los lugares más insospechados como el segundo piso de una taberna en la Villa del Aburrá, en la oficina de Jesús María Valle, en salones de la Universidad de Antioquia y en sedes sindicales.

El año 1989 inició con un nuevo estatus para el Comité que dejó de ser una Seccional del Comité Nacional y, por propuesta de Luis Fernando Wolff, se llamó Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos Héctor Abad Gómez, en memoria de su fundador, en medio de la presencia cada vez más abrumadora y amenazante del narcotráfico y los paramilitares en Medellín. Ese mismo año Jesús María Valle propuso mi nombre para participar en un curso intensivo sobre el Sistema interamericano de derechos humanos en Lima, Perú, que me permitió ampliar mi visión sobre la defensa de los derechos humanos y conocer directamente a los protagonistas de las experiencias de las luchas humanitarias en América Latina, con lo que daría cierre a esa década que marcó el rumbo de mi vida en adelante. ☺

cinéfangos.net | 15 años

Crítica de cine, cine colombiano, nuevos medios, cómics, artículos y ensayos.

 /cinefangos.net

 @cinefangosnet

Seguro Social niega solicitud de incapacidad de Gregorio Samsa

por ALEX ST. ANDREWS • Ilustración de Titania

Traducción de Nicolás Loiza

Aviso importante

GREGORIO SAMSA no cumple con los requisitos para Incapacidad Permanente. Escribimos sobre la reclamación de GREGORIO SAMSA para el pago suplementario de Incapacidad Permanente. Basados en la revisión de su condición médica, él/ella no califica para el pago suplementario de Incapacidad permanente que reclama. Esto es porque él/ella no está discapacitado o ciego bajo nuestros parámetros.

La decisión del caso de GREGORIO SAMSA

Usted listó los siguientes impedimentos en su reclamación para Incapacidad Permanente:

SOY UNA CUCARACHA GIGANTE
DEPRESIÓN
DOLOR DE ESPALDA
Usted dijo que los impedimentos expresados arriba lo/la afectan de la(s) siguiente(s) maneras:
NO PUEDO PONERME DE PIE O CAMINAR ERGUIDO O HABLAR CUALQUIER LENGUAJE HUMANO.
NO PUEDO MANIPULAR NI MANIPULAR OBJETOS CON MIS MUCHAS EXTREMIDADES O ANTENAS.

CUANDO ESTOY SOBRE MI ESPALDA TENGO MUCHA DIFICULTAD ENDEREZÁNDOME.
MI FAMILIA ME HA APRESADO EN MI HABITACIÓN Y ME ALIMENTA CON RESIDUOS.

Los siguientes informes fueron usados para decidir esta reclamación:

Usted no se presentó al Examen Médico. Programamos una cita con un médico ocupacional pagado por nosotros. Se le preguntó si requería taxi o algún otro medio de transporte para dirigirse a su cita.

No recibimos ningún historial médico relacionado con su(s) presunta(s) condición(es) de SOY UNA CUCARACHA GIGANTE, DEPRESIÓN, DOLOR DE ESPALDA.

Médicos y otros profesionales de la salud analizaron este caso y llegaron a esta decisión. Ellos trabajan para el Estado pero usaron nuestras reglas. Estos fueron sus hallazgos.

Usted no está involucrado en ninguna actividad lucrativa sustancial.

Su discapacidad causa más que limitaciones mínimas.

A pesar de que sus limitaciones causan algunos problemas para usted, que son más que mínimas, no se equiparan a ninguno de los impedimentos listados en la Tabla 2 del Apéndice 1 de la Subparte P del Capítulo 20, Numeral 404 del Sistema General de Seguridad Social en Salud - SGSSS.

Usted no puede realizar su empleo anterior. Usted enumeró el(los) siguiente(s) trabajo(s) en su reporte historial laboral:

VENDEDOR ITINERANTE

Hemos determinado que su discapacidad le impide continuar en su empleo anterior porque usted no puede manipular sus productos, no puede hablar ningún lenguaje humano y sus clientes se atemorizarían con sus monstruosas mandíbulas cliqueantes.




Usted puede realizar otros trabajos que existen en números sustanciales en la economía nacional. Un experto vocacional fue consultado y determinó que su Capacidad Residual Funcional (CRF) le permite realizar los siguientes trabajos:
OPERADOR DE MÁQUINA GRAPADORA
GESTIÓN DE RESIDUOS NUCLEARES
ENTRETENIMIENTO (cine extranjero, circo)
PREPARADOR DE IMPUESTOS

Si está en desacuerdo con esta decisión

Si está en desacuerdo con esta decisión, tiene el derecho a apelarla. Revisaremos su caso y consideraremos cualquier información nueva que nos presente. Debe solicitar la apelación por escrito. Le solicitaremos que firme un formulario SS-561-U2, conocido como "Solicitud de Reconsideración". Si no puede firmar con su nombre, puede hacerlo marcando una X, pero deberá

presentar dos testigos que estén dispuestos a confirmar su identidad. Si usted no puede marcar la línea con una X, nosotros le proporcionaremos un sello especial de identidad. Si usted no puede manipular el sello especial de identidad, le solicitaremos que se presente a nuestra oficina y frenéticamente golpee con una de sus extremidades una resma con triplicado de carbón, pero deberá presentar dos testigos que estén dispuestos a confirmar su identidad.

Si usted llama o visita una de nuestras oficinas, por favor tenga esta carta a la mano, nos ayudará a resolver sus dudas. Debe tener su carné de Seguridad Social y una forma de identificación con foto actualizada para poder ingresar a nuestras oficinas.

Atentamente,
Barnabas Klamm
Comisionado Regional 

*Publicado originalmente en VVAA, 2008.
"The McSweeney's Joke Book of Book Jokes".
McSweeney's Publishing LLC.

"Porque no solo es ahorrar dinero, es ahorrar con paciencia y gastar con parsimonia"



De ahora en adelante seré la encargada de enseñarte todo acerca de esta filosofía de vida para que desde ya empieces a ahorrar antes que a gastar.



Nos vemos en:



Adri

Entrenadora
de Ahorrar con paciencia
y gastar con parsimonia.

La diferencia está en confiar

confiar
coop



La ciudad en un limbo, y como siempre sus habitantes se las arreglaron para adaptarse y sobrevivir. Estas postales retratan el rebusque, la soledad, el silencio y otros ruidos en una Medellín bañada en desinfectante y estrenándose en hábitos raros como el tapabocas y la distancia. Los convocados por UC lanzaron sus líneas, inspirados en las fotos y sin violar la cuarentena.

Sin protocolo

Fotografías de Juan Fernando Ospina



Pare **E**n total visité dieciocho ciudades del mundo el año pasado. Me invitaron a varios festivales de cine para mostrar mi primera película y estaba emocionada, decidida a no perderme un instante de esa experiencia que por momentos me parecía una alucinación. Mi cuerpo pasaba de un avión a otro, de una calle a otra, el tiempo era un huracán que me llevaba entre aviones y desconocidos. Vivía en el huracán y en los aeropuertos, en uno solo porque todos los aeropuertos son el mismo. Fui a Nueva York por primera vez, caminé buscando el Hotel Chelsea, tratando de explicarle a cada persona con la que me encontré que ahí había vivido Patti Smith, pero no encontré a nadie que viera más que un hotel deprimido. Quise entrar y una mujer vestida de terciopelo negro me dijo: “Está cerrado querida, vuelve en dos años”. Tuve una escala de dieciséis horas en Filadelfia arrastrando mi maleta por los pasillos del aeropuerto y dormí sobre ella en un banco. Viví un par de días en una residencia de estudiantes en Austin donde un grupo de chicos llegaba a las tres de la mañana haciendo el sonido de una manada, la líder aullaba como Tarzán. Intenté bañarme en una ducha que nadie había lavado en meses porque sostenían la casa con trabajo voluntario, y salí de ahí a posar sobre una alfombra roja. Cuando aterricé en Sao Paulo el aeropuerto acababa de ser asaltado por

un francotirador y varios ladrones de a pie. Viajé veinticuatro horas para estar veinte en una ciudad de Suiza y regresar al otro día a Medellín. Salía del vértigo para regresar a casa y dar clases en la universidad. Después de nuevo en el aeropuerto. Tengo la sensación de que fue el lugar en el que más tiempo pasé. Al final del año ya sabía cómo volverlo mi casa. Me empacaba una maleta de libros, y tenía una estrategia clara de espera: ubicar el café barato y descifrar el wifi; encontrar la sala con buena luz para leer. Escuchar los idiomas ajenos, la voz de los extraños, cada uno con su mundo encima, que en el aeropuerto desaparece momentáneamente porque uno descansa de ser el que siempre es en el anonimato del tránsito. Cada uno espera. Mira por la ventana. Hay una cierta expectativa infantil compartida porque viajar en avión es un misterio inexplicable para casi todos y aun detrás de los rostros más adustos, el niño que cada uno fue está alegre porque va a volar. O eso imaginaba yo. Olvidé muchos detalles de cada sitio que visité. Nunca he hecho un álbum, no imprimo las fotos, no hago un diario de los días que paso en otro país. Yendo de aquí para allá me decía con preocupación que iba a perder toda esa vida si no podía recordarla, que iba a perder esa experiencia si no podía volver sobre ella. ¿Cuándo me voy a acordar de todo esto, cuándo lo voy a entender? Cuando tenga tiempo, me decía. Cuando pare.

CATALINA ARROYAVE

Voceadores

Como en una pintura de Rubens que el tiempo no logra borrar, el barroco del Parque Bolívar de Medellín se opone a que el fin del mundo se entrometa en sus prácticas cotidianas. Permanece, pictórico, casi inmutable en sus modos de existir pese a la contingencia. Con tapabocas y sin la distancia burocrática de la bioseguridad, el círculo de las discusiones milenarias sobre política, religión o fútbol sigue a flote, no se hunde, sobrevive al naufragio pandémico del presente.

Los del círculo son la verdadera estatua que sostiene la ficción fundacional del parque más importante de la ciudad. Las palabras que caen de sus bocas al suelo son el alimento de un dios dormido que habita cerca de la *Calliandra medellinensis*; ahí hace nido, cuida a La Dany, a las tinteras, a los brujos de Segovia, a los pillos con hambre. Bolívar, encima de su caballo, vigila el círculo de los contendores con una ferrosa envidia, no puede comentar sobre ningún tema y es mejor así.

Los voceadores afinados en sus lugares manotean, gritan, alegan, se desgañitan, se lanzan puñetazos lingüísticos. Dicen: Dios existe, luego no, luego más o menos. Dios ha muerto, viva Dios. El Verde es el rey de copas, el Medallo es el equipo del pueblo, papá. Uribe es un paraco. Uribe le devolvió la seguridad a este platanal. Uribe está en prisión domiciliaria. Los extraterrestres vendrán por nosotros antes de que se acabe el mundo, ya lo explicó muy bien Regina 11 en su último video de Youtube. El virus se lo inventaron para tenernos controlados, así nos querían ver, encerrados y sin trabajo. Pablo Escobar vive y lo vieron bailando en El Suave con una peladita de Robledo. La sombra del viejo gualanday los protege mientras su faena aturde la algarabía de los loros en las copas de los árboles.

Terminada la jornada, el círculo de los voceadores se va satisfecho para cada una de sus casas. Desahogados, livianitos, con la cabeza despejada después de recibir y proferir tantos insultos son seres de paz. Con plena conciencia de que el Parque Bolívar no sería lo mismo sin el sudor de sus frentes, sin la presencia circular de sus cuerpos reunidos, sin su persistencia, sabiéndose sobrevivientes a varios finales del mundo, a los nadaístas, a Federico Gutiérrez con pulsión renovadora. Seguro tienen sueños plácidos y dulces, con olor a crispeta.

SANTIAGO RODAS



La Muchacha



Como no sé su nombre, voy a llamarla Muchacha. Tiene el pelo indio de los indios emberas, que es liso y chuzudo y más claro en las puntas. Sus ojos, sin embargo, no son de india, sus cejas tampoco. Los ojos de la Muchacha son dos canicas brillantes que miran con atención. Pero no me miran a mí, que estoy al frente de ella, ni miraban a Juan cuando tomó la foto. Los ojos de la Muchacha se miran a sí mismos reflejados en el vidrio del lente de Juan. Y por más que miran, no ven nada. No ven el reflejo de sí mismos en el lente como yo no veo nada en los ojos de ella. Miro, miro, y por más que miro apenas veo un par de ojos encanecidos y brillantes, mudos, cegados por el brillo de las farolas de los carros que pasan volados por la paralela al río para no ver tanto pobre.

De lo demás que es la Muchacha se saben algunas cosas. Por ejemplo, que lleva la geografía del valle tallada en la frente. Por ejemplo, que sus hombros son una playa de arena negra tan brillante que podrían brillar en la noche más oscura. Por ejemplo, que la canción que escucha es una canción triste y está a punto de acabar.

De la postura de la Muchacha se infiere que tiene confianza en sí misma y que cuando camina lo hace con la elegancia desfachatez de las muchachas que conocen la calle. Sus cejas pobladas, muy negras, están hechas de tierra negra y fértil de muchacha joven. Su blusita es de muchacha y también la cadena que cuelga de su cuello.

Su sonrisa es quizás lo único que no podría ser de la Muchacha. Sonrisa roja de vieja puta, arrugada, retorcida, mordida, gastada; una sonrisa deforme, de labios irregulares, grandes, rojo sangre; una sonrisa herida que mancha de sangre los labios rojos de la máscara; dentro de los labios leporinos dos hileras de dientes blancos y rectos, y en esos labios y en esa lengua que no veo, el mismo mutismo de los ojos de la Muchacha: de esa boca no podría salir palabra alguna, maullido alguno, gemido otro que no fuese de dolor.

Y aun así, la Muchacha no tiene miedo. Mira algo que no es Juan ni su lente, mira algo que no soy yo, algo que no sé. La Muchacha mira con atención curiosa pero no se inclina. Permanece erguida, con su frente rugosa en alto, orgullosa de su supervivencia. La Muchacha mira algo que está a través de Juan y de su lente, que está a través mío, con sus ojos brillantes y encanecidos: la Muchacha respira con la serenidad del viejo que no le teme a la muerte, pero preferiría no morir.

ESTEFANÍA CARVAJAL



Pandemónium

Hemos pasado del tapabocas clínico, azul pálido, de mal agüero, a la más diversa gama de diseños, festivos, macabros, bufonescos y hasta seguros. Más que cuidar el portillo del microbio coronado, el ciudadano quiere también expresar sus rasgos de origen, disimular su incomodidad con un signo elegante o divertido; mostrar su carácter o los sones que lo inspiran. Nuestro personaje funde en su atuendo el ícono vultiao del Caribe con la versión tropical del transgresor anónimo de la nube. La facha recuerda que también la peste puede ser carnavalesca o viceversa. Tal vez no se trata solo de protegerse sino de burlar su acecho en el baile del contagio. ¿Cómo? Disfrazado para que ella no te reconozca y siga de largo. En versos de juglar habría que decir: si acaso viene la peste a buscarme, díganle que ya me fui. Que solo vine de paso, a comer arepachuevo con ají.

FERNANDO MORA MELÉNDEZ



Una tristeza específica

Hay una clase de tristeza, un tipo particular, único; una tristeza específica, digamos, que se siente en los lugares ruidosos cuando quedan vacíos. Cuando se va la gente. Un estadio de fútbol, por caso. Ahora vibra, lleno y colmado, pero dos horas después es un planeta muerto. O un bar en la mañana. ¿A dónde se fue todo ese calor? ¿Por qué todo parece tan frío y pálido si la noche anterior era tan... tan amarillo y tan rojo? Es un bajonazo lo que se siente. Los cantantes de rock lo experimentan cuando se acaba el concierto y regresa el silencio, y ya no hay una multitud coreando. Es una sensación que los acaba. Por eso casi siempre quieren seguirla, y seguirla, y seguirla, y que sea lo que sea menos ver un mundo vacío que antes se derramaba.

Nada más desolador que un aeropuerto sin gente. O un hotel desocupado. Stanley Kubrick hizo una película sobre eso, a partir de un libro de Stephen King sobre lo mismo, y en ambas, película y novela, el protagonista pierde la cabeza. Termina desquiciado de

ver corredores y salones desiertos que antes habían estado repletos. Es que esa imagen, la de los espacios vacíos, abruma. Como la casa ocupada por años cuando sale la última caja, y no hay muebles ni cuadros ni personas; esa última mirada es la más complicada porque produce esa tristeza de la que hablaba arriba. Que es la misma de la que está llena esta imagen de puro vacío: una cuadro que debía rebosar de cabezas pero en la que, horas más tarde, se encenderán las bombillas del alumbrado público y alumbrarán para nadie. Como para nadie cambiará de verde a rojo y de rojo a verde la luz del semáforo peatonal, y para nadie recorrerá las calles ese bus que alcanza a verse al fondo, a punto de girar a la derecha, que rueda vacío, con un conductor que espera un alma que le haga la caridad de ponerle la mano y le quite esa tristeza particular, única; esa tristeza específica que se siente en los lugares ruidosos cuando quedan vacíos.

ESTEBAN DUPERLY

El ojo de la noche

En el centro de la noche, en mitad de la luz que la divide, detrás de las rejas, un pequeño adminículo de tela rige la calle, el universo. Ejerce su evidente reinado sin énfasis, en virtud de cualidades protectoras que hace apenas unos meses nadie adjudicaba a un objeto tan simple.

Micropartículas enrarecidas vibran en el aire recordando que la historia de la humanidad es la crónica de todo lo que ha entrado y salido por las bocas. Lógicas ignotas o dioses difusos imponen, tal vez, un tributo de atención a esa puerta por la que expulsamos y tragamos vida y muerte.

Por esa misma calle, en tiempos pasados, vi cruzar a otros “tapabocas” que eran ellos mismos el virus; mucho más cruel e inhumano. Antes como ahora la vida no paró de pujar a través de la tela o la mordaza.

La licorera. El ojo luminoso como un faro para orientar a nadie. Detrás de la reja está el barbijo; detrás del barbijo, la boca que hace poco envió un mensaje y ahora se ha cerrado para que los oídos escuchen la respuesta. El teléfono horizontal para que las palabras permanezcan un poco más en el aire. Los ojos de ella, que por estos días cargan con toda la responsabilidad de la expresión, miran sin aplicarse a fondo —la mirada en espera— y se preguntan, debajo del chisme familiar, la confesión amorosa de la amiga o el chascarrillo doméstico, quién desde la acera de enfrente me retrata a estas horas de la noche (son apenas las siete, pero en estos días desde muy temprano ya es demasiado tarde).

LUIS MIGUEL RIVAS



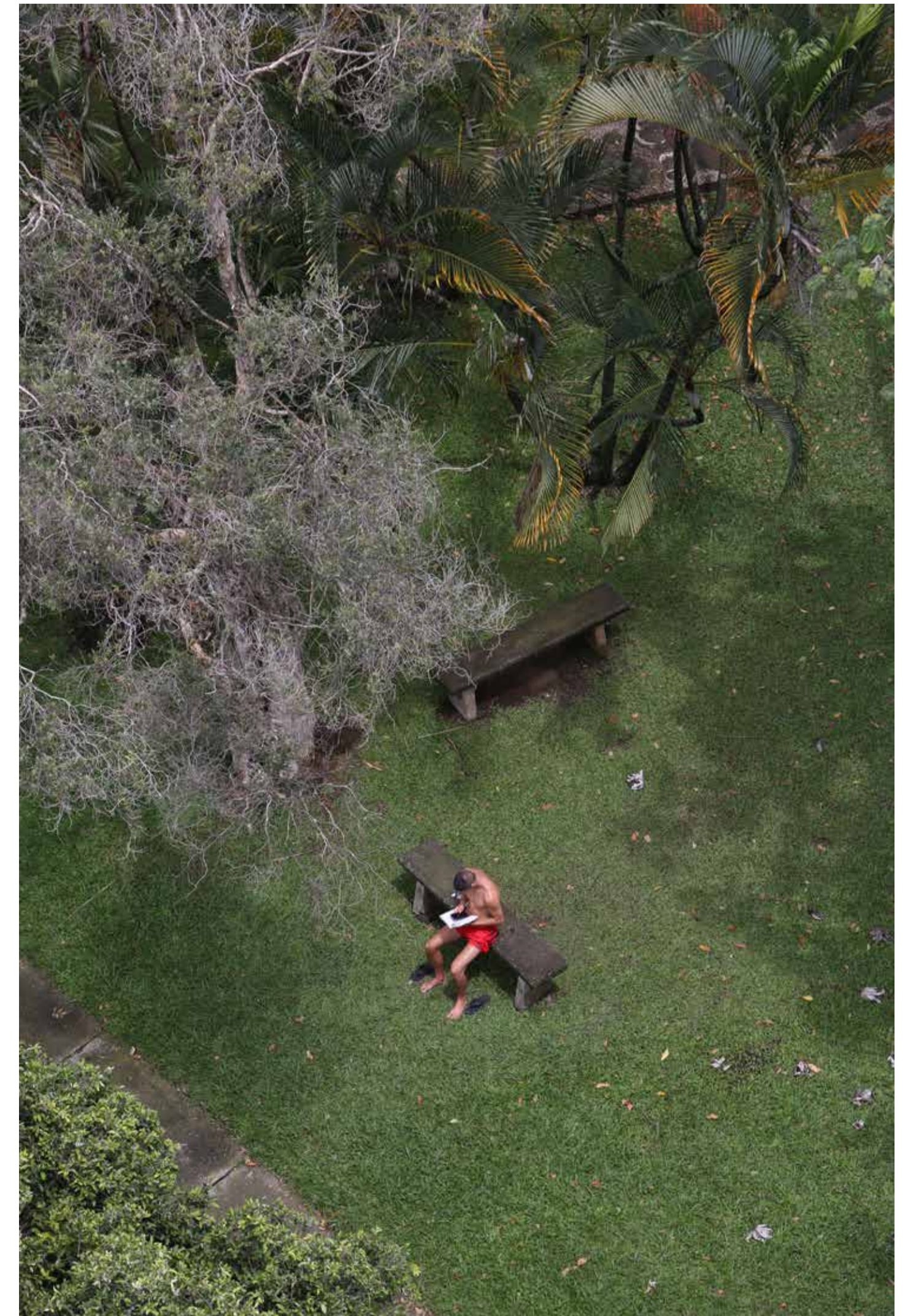
Hacer silencio

En un ladrillo del muro blanco está escrita la palabra *mono*. Apenas si se ve por el tamaño que se restringe a las dimensiones del ladrillo como a las de un renglón. Es lo único que puedo leer. De resto no hay nada. Se ve una esquina, una lámpara de calle en primer plano, una persiana roja de metal cerrada, al pie de lo que parece una batería de carro. Y en el centro alguien que camina. La palabra en el muro es lo único que me aterriza, que me cuenta que, en algún momento, alguien vivió por ahí, o que caminó cerca y escribió, quién sabe por qué, esa palabra en la pared. Hay más vida en ese escrito que en el resto del paisaje. De la persona que camina solo intuyo su trabajo, relacionado tal vez con el gremio de la salud, cosa que agrega a la desolación que me atrae de esta imagen. Más allá de eso no sé quién es, no sé si es mujer o si es hombre, no sé su edad. Solo entiendo el gesto de un paso corto a medio hacer. Solo distingo el vestido protocolario para la bioseguridad, un poco trajinado, pero siempre limpio.

Miro por mucho tiempo la imagen en la pantalla de mi computador. Me atraen los colores apagados, el rojo de la puerta casi a juego con el rojo envejecido de la pequeña pieza de la lámpara de calle. El gris sobrecogedor del asfalto, el abandono. Me gustan las fotos que hacen silencio. Entonces caigo en cuenta de la flecha blanca. La persona camina en contravía, como si desobedeciera el mandato de la flecha, como si no entendiera el sinsentido de dirigirse a una puerta que está cerrada. Anda lento, enfrentándose al muro. Me pregunto para dónde va, qué busca que quedó por fuera de la foto. Me pregunto si alcanza a leer la palabra en el muro. Pero realmente lo único que sé es que esa persona de blanco, en medio de la calle vacía, camina hacia ninguna parte.

Tanto ella como la foto entienden que no queda más que hacer silencio.

LINA MARÍA PARRA



Leído

De la página a la pantalla.
“...Este año será virtual”.
Como sueño.

Levantarse, comer algo antes de buscar el corral, calentar, afinar extremidades, salir de La Alpujarra, subir por San Juan hasta la Ochenta y de ahí derecho por Don Quijote, Santa Gema, La Villa y la Treinta hasta el aeroparque, rodearlo, cruzar el río y seguir por Las Vegas hasta Eafit —los que van por más siguen hacia Sabaneta—, hacer la u, regresar por la avenida Industriales y llegar a La Alpujarra.

Una hora, cincuenta y un minutos y dieciséis segundos.
El año pasado, el pasado.
Como sueño.

“...Ya puedes subir”.
De la pantalla a la página. ©

CAMILO SUÁREZ

La pandemia cambió la dinámica de muchos hogares, esas pequeñas fábricas de la rutina. Las habituales trabajadoras en familia ajena también vivieron sus dramas, los tiempos muertos por la ausencia de los habitantes de casa, la vigilancia extrema por el encierro de los mismos, las desgracias ocultas de vivir y trabajar en la propia casa. Historias de lavar y planchar.

Perfiles domésticos

por CAROLINA CALLE • Ilustraciones de María Paula Vallejo

Elizabeth Mosquera

En la medianoche, las tripas les ardían a las dos, ninguna conciliaba el sueño, Zully sacó un pedacito de panela, lo partió en dos y le entregó una parte para pasar el hambre, la noche iba a ser larga y el desayuno estaba lejos. No era un campamento de guerra, no estaban perdidas en medio de la selva, estaban arrinconadas en plena cuarentena en la pieza del servicio de una mansión en El Poblado.

—Vamos a salir de esta, en un tiempo vamos a recordar esta experiencia con risa —le dijo Elizabeth a oscuras mientras masticaba ese turruncito dulce y tomaba agua.

Zully era la cocinera, Elizabeth la dentrodera. La primera se encargaba de la comida, la segunda del aseo. No podían salir de esa habitación en las noches porque sonaría la alarma. Según la patrona era por seguridad, por si de pronto se entraba alguien. Pero las dos sabían que era para que ninguna le asaltara la cocina en la oscuridad. La casa estaba repleta de cámaras que las vigilaban.

Antes de la pandemia, Elizabeth creía que había tenido suerte con ese trabajo. Se presentó a la vacante cuando supo que la señora estaba buscando una mujer negra, guapa y fortachona. La patrona parecía ser buena, le pagaba el mínimo, la afilió a la salud, por fin pensó en que eso de pensionarse podría ser alcanzable, le dio regalo de día del Amor y la Amistad y en diciembre le dio aguinaldo. Trabajaba de lunes a viernes, de siete de la mañana a cinco de la tarde. Descansaba sábados y domingos. La jefa se mantenía de viaje, las jornadas eran duras pero tranquilas.

Llegó la primera cuarentena en marzo y las mandó a la casa, pasó abril y cuando empezó mayo las llamó y les dijo: “Muchachas las voy a tener que internar por un mes. Empaquen sus cosas”. A Elizabeth le tocó conseguir en cuestión de horas quién le cuidara a sus muchachos, los tres jóvenes de doce, catorce y dieciséis años. Se despidió y les dijo que los iba a estar llamando, que en un mes volvería, que los iba a extrañar, que se portaran bien.

Cuando la patrona las vio lo primero que les dijo fue: “Ustedes ya no son las mismas de antes, están muy gordas”. Ella tampoco era la misma. Como ya no podía salir, las estaba supervisando día y noche. Vigilaba todo lo que hacían y comían. Les exigió hacer una

dieta y les impuso horarios para la alimentación. Solo hasta las once de la mañana podrían desayunar y no lo mismo que ella. Les prohibió tomar café y aguapanela, nada de pan o galleta, tampoco leche ni quesito.

El desayuno sería brócoli, zanahoria y un huevo cocido. El almuerzo sería a las siete de la noche: a veces una sopa de apio con vegetales, casi siempre una ensalada. Elizabeth no olvida los días que cocinaban una pechuga para los dos perros. El pollo para ellos, los huesos para ellas. Ambas se tomaban el caldo de hueso envidiando a los animales.

Las nuevas reglas comenzaron a incomodarlas. A las mascotas se les dice “niños o bebeses”, nunca perros. A Elizabeth le pidió que no usara trenzas, que los domingos en vez de bluyines con rotos usara faldas largas. El primer domingo le pidió que le tendiera la cama y que le aseara las cocas de la comida de los “bebeses”. El día de descanso parecía uno de adoctrinamiento. A las dos las ponía a ver videos de Youtube en los que un doctor les explicaba por qué no debían tomar jugo de mandarina ni de naranja, a cuántos cubitos de azúcar equivalía un mango. Después de los tips de nutrición les tocaba escuchar la palabra de Dios.

Cuando se cumplió el mes, las dejó salir un sábado y les advirtió que las esperaba de regreso el lunes. Elizabeth salió con hambre, malgenio, tristeza. Llegó donde sus hijos, los saludó. Su casa estaba al revés, con cierto aroma a marihuana, encontró una montaña de ropa sucia y las ollas dañadas. Notó a sus hijos distantes, como guardándose un secreto. Su ausencia tenía todo patas arriba.

Ese domingo trabajó todo el día en su hogar, no le rindió, el tiempo apenas le alcanzó para lavar la mitad de la ropa, para asear un cuarto de la casa, para cruzar unas cuantas palabras con sus muchachos. El lunes a primera hora ya tenía que estar de vuelta, con un cepillo de dientes en la mano, arrodillada sobre las baldosas del baño de la jefa, limpiando ranura por ranura para dejarlo brillante.

Flor María Montoya

A las 4:05 de la mañana Flor ya tenía el ojo abierto. La despertaron las ansias de cumplir un plan. Miró el celular y desactivó la alarma antes de que sonara. Se dio un baño de gato sin bostezos. Se puso un pantalón negro y una camisa de

cuadritos morados. Como necesitaba calzado cómodo porque era posible que le tocara estar mucho tiempo de pie durante el día, eligió sus tenis blancos. Le echó cuidado a la perra, se puso el tapabocas rosado y se abrigó con una chaqueta abullonada porque hacía bastante frío en esa madrugada del viernes 19 de junio.

Cerró la puerta de su apartamento junto a Carlos, su compañero sentimental. Bajaron las escaleras del edificio con sigilo para no despertar a ningún vecino. Se montaron en la moto, arrancaron por las calles oscuras de Robledo y tomaron los caminos buscando un norte. A las 5:55 de la mañana llegaron a Copacabana. Flor fue la persona número 7 que estaba antes del amanecer en la fábrica de electrodomésticos. Allí, en ayunas y con ilusión, vio salir el sol y esperó hasta las once de la mañana cuando por fin la pudieron atender. La fila para ese momento ya era inmensa. Flor pensó que había sido una gran idea madrugar tanto, sabía que no sería la única que iba a aprovechar el primer día de la historia sin IVA.

Con la cuarentena, el encierro y tanto tiempo libre, a Flor se le fijaron dos ideas en la cabeza. La primera, que se quería cambiar el nombre. Que ya no se quería seguir llamando Flor María, sino Mary Luz. La otra iniciativa era que quería que estrenar lavadora. Como fuera. Pensó que toda su vida se la pasó usando cosas de segunda. Estaba cansada de la escarcha descontrolada de la nevera, de alquilar lavadoras y lavar de afán a toda hora, de gastarse su plata en técnicos para el arreglo de la estufa.

Flor nació en una vereda de Urrao. Vivió con caballos, marranos, gallos, gallinas. Salió del campo a los veinte años, lleva 34 en la ciudad. Aún tiene las mejillas coloradas, las trenzas largas y un tonito para decir las cosas que a veces parece gritado. Vive con su pareja y una perrita llamada Lupe. No tiene hijos. Trabaja por días en un apartamento en El Poblado. Ha rotado por muchas casas, pero con esta familia se adaptó, la patrona no es cansona como tantas que eran sus guardaespaldas mientras aspiraba, sacudía y planchaba. En este hogar no falta desde marzo de 2013. Ya ajustó siete años. Entra a las 7:30 de la mañana y sale a las 4:30 de la tarde.

El jefe, don Alfonso, le hace el desayuno. Siempre le sirve una arepa con dos porciones de quesito, huevo revuelto con hogao, pan y galletas, un té de

sobremesa. La patrona, doña Victoria, a veces se encarga del almuerzo. Le hace ajicaco, arroz con pollo, sudado de muchacho. Allí trabaja tranquila, tiene una relación cordial con la familia. Le pagan lo justo, siempre están al día con sus deberes como empleadores.

Flor se desentendió de su trabajo en marzo cuando lo decretó el presidente. Se tomó la cuarentena con calma, como un tiempo de descanso. Se dedicó a su casa y a su perra que está obesa. Tiene ocho años, es blanca con café y las orejas le cuelgan, pesa veintitrés kilos. Ya tiene problemas de cadera así que a Flor le toca subir y bajar escalas con ella cargada para sacarla a hacer sus necesidades. Gracias al aislamiento, Flor sacó más a su perrita al parque. Caminaron juntas. Antes, cuando llegaba del trabajo, descargaba el bolso y le tocaba secar los orines porque Lupe no se aguantaba más las ganas.

El día que la patrona la llamó a saludar y a ver cómo estaba, le recordó que aunque no estaba yendo, le estaba guardando su pago, que le tenía la liquidación por el aniversario que ajustó, que la tenía al día en sus prestaciones sociales. Se sintió con fortuna, aunque era lo justo, no todas sus colegas tienen a una patrona tan seria como ella. Así fue como a Flor se le prendió el bombillo. Cambiarse el nombre podría esperar. Darse un gusto no, era imposible aguantarse las ganas de comprarse una lavadora nueva.

Ese día sin IVA, Flor tenía en sus bolsillos el acumulado que la patrona le entregó de tres meses sin ir al trabajo, más la prima. A eso le sumó los ahorros que solía guardar entre suelas de zapatos y portarretratos de su casa porque no le gustan los bancos. De la fábrica de electrodomésticos salió antes del mediodía con una factura en la mano, el estómago vacío, el corazón contento, una risita nerviosa y cierto orgullo en la mirada. Nunca en 54 años de vida se había dado ese lujo. Por primera vez tenía algo nuevo y con garantía. No solo se compró una lavadora, le alcanzó también para una nevera y la estufa.

Cuatro días después llegó un camión con los electrodomésticos a su barrio. El martes les dio la liga al conductor y al ayudante para que le subieran las 79 escalas con los aparatos grises hasta su casa. Los vecinos empezaron fisgonear, a felicitarla, a cuestionarla. Para desviar la envidia de la mala, ella les inventó que había sacado un crédito, que poco



a poco le iba a tocar pagarlo. Pero ella sabía la verdad, estaba libre de deudas. Ese fue un día feliz para Flor. Nunca olvidará que en 2020, el mismo año de tantas desgracias, a ella le ocurrió el milagro de estrenar.

Marta Elena García

Marta estaba acostumbrada a los toques de queda antes de la pandemia. Eran frecuentes en el municipio de Bello por la situación de orden público. Sabía que, de repente, en cualquier momento, se agarraban las bandas y empezaban los tiroteos. Pero Marta vivía sin miedo, pedía permiso en el trabajo para que no se le hiciera muy tarde el regreso, conocía las fronteras invisibles, caminaba tranquila por el barrio.

Fue el toque de queda de la cuarentena el que le puso los nervios de punta. Desde marzo que los empleadores la mandaron para la casa no duerme bien, tiene angustia, ansiedad, lloradera, un médico incluso le mandó gotas de marihuana para el insomnio. En las noches, cuando cena con su esposo y sus dos hijos, de pronto le suena el celular y Marta suspira, sonrío por primera vez en el día y se encierra en el baño a hablar. Sentada en la tapa del inodoro, mira la pantalla, escucha a dos niños que le dicen que la extrañan, entonces a Marta se le machaca la voz, les tira besos y se pone a llorar y a llorar y a llorar. Cuando cuelga, coge el papel

higiénico, se limpia el rostro, coge fuerzas y sale a continuar con la comida.

Habla al escondido para que su familia no se ponga celosa. Lucas y Simón son los hombres que la tienen mal. El mayor de doce años, el menor de cuatro. Marta los ha visto crecer, ha sido parte de esa familia por diez años. No era interna pero trabajaba de lunes a sábado. Aunque le tocaba movilizarse noventa minutos en transporte público, los niños le hacían pensar, tanto a la entrada como a la salida, que tenía el trabajo de sus sueños.

Para llegar hasta esa casa le tocaba caminar quince minutos desde su barrio hasta la estación Niquía del metro. Cuando tenía suerte y había puesto tomaba el primero que pasara. Si no, esperaba para irse sentada porque de pie se mareaba y eran quince estaciones hasta llegar a La Aguacatala. Allí tomaba un bus que subía por la loma de Los Balsos y la dejaba antes de las ocho de la mañana en la portería del edificio. La jornada laboral terminaba a las seis de la tarde. Se iba caminando hasta el metro y de ahí regresaba envuelta entre la multitud hasta la última estación. En Niquía tomaba otro bus porque no era conveniente caminar por el barrio de noche.

Cuando empezó la cuarentena, los patrones migraron. Dejaron el apartamento y se fueron para la finca. Pasó marzo, abril, mayo y seguía el encierro. A Marta le transferían el sueldo. Ella se ofrecía a subir a trabajar hasta El Retiro pero ellos le decían que no, que tenían miedo, que de pronto podía

contagiarse en el bus de ida o en el de venida. Así fue como Marta empezó a fraguar un plan para poder volver al trabajo. Eran muchos días, muchos meses, “sin ver al rey ni al príncipe”. Si el problema era el contacto con los otros y usar el transporte público, pues lo remediaría. Decidió descompletar los ahorros que tenía para un viaje y un día de junio llegó a un almacén de la 33 y se compró una moto.

Una vez la compró cayó en la cuenta de que no sabía manejar, de que tendría que sacar un pase, de que primero debía pasar por una escuela de conducción. Pero con tal de volver a ver a los niños pagó lo que fuera, se matriculó y empezó, a sus 52 años de vida, el curso de conducción de motocicleta.

Estaba contenta con su proyecto. Marta recordaba las tardes de fútbol en las que se convertía en arquera y los niños le pegaban pelotazos en el balcón. Añoraba esos momentos en que les hacía crispetas y se ponían a ver películas en inglés. Cuando les ayudaba a hacer las tareas y los niños terminaban dándole cátedra.

Justo el día que le contó a la jefa que ya tenía una nave y que estaba recibiendo las clases teóricas, Marta recibió un golpe bajo. La empleadora le dijo que la situación estaba difícil para la familia. Que tuvieron que vender un carro. Que decidieron quedarse a vivir el resto del año en la finca. Que van a poner en venta el apartamento. Que no podrán seguirle pagando el sueldo que le estaban enviando, que les diera una tregua para conseguir la

plata de la liquidación y así terminar el contrato. Lo que terminó de rematar a Marta fue cuando le dijo que allá en el pueblo consiguieron a otra.

Desde entonces Marta no para de llorar. La moto quedó arrinconada en su garaje. Su familia está muy preocupada porque no concilia el sueño, come poco, se mantiene con los ojos hinchados. A veces se sube a la plancha de su casa, allá en el norte, a pensar que sus niños están muy lejos, en el oriente, detrás de esa montaña que tiene al frente.

Marta se metió a un grupo de oración que se reúne a través de Zoom para empezarle a hacer el duelo al trabajo pero sobre todo a los niños. Tiene miedo de que la olviden, la memoria de niño es muy frágil. Si no le trabaja al desapego piensa que se va a morir. Hoy en día solo ora para que la pandemia pase, para que la patrona se retracte, para que no llegue el día en el que le entregue esa espeluznante carta de despido.

Luis Alfredo Dávila

Cuando Luis mira hacia el pasado piensa que su historia está partida en dos. Hay un antes y un después. Lo que cambió todo fue cuando dejó el trabajo que tenía en una casa de citas por otro en una casa de familia. Hoy, flaco, canoso, con arrugas alrededor de sus ojos, con uniforme negro, se mira en el espejo y ya no encuentra rastros de la mujer colorida que fue, la que después de las fiestas dormía en la calle, cobijada con cartones.

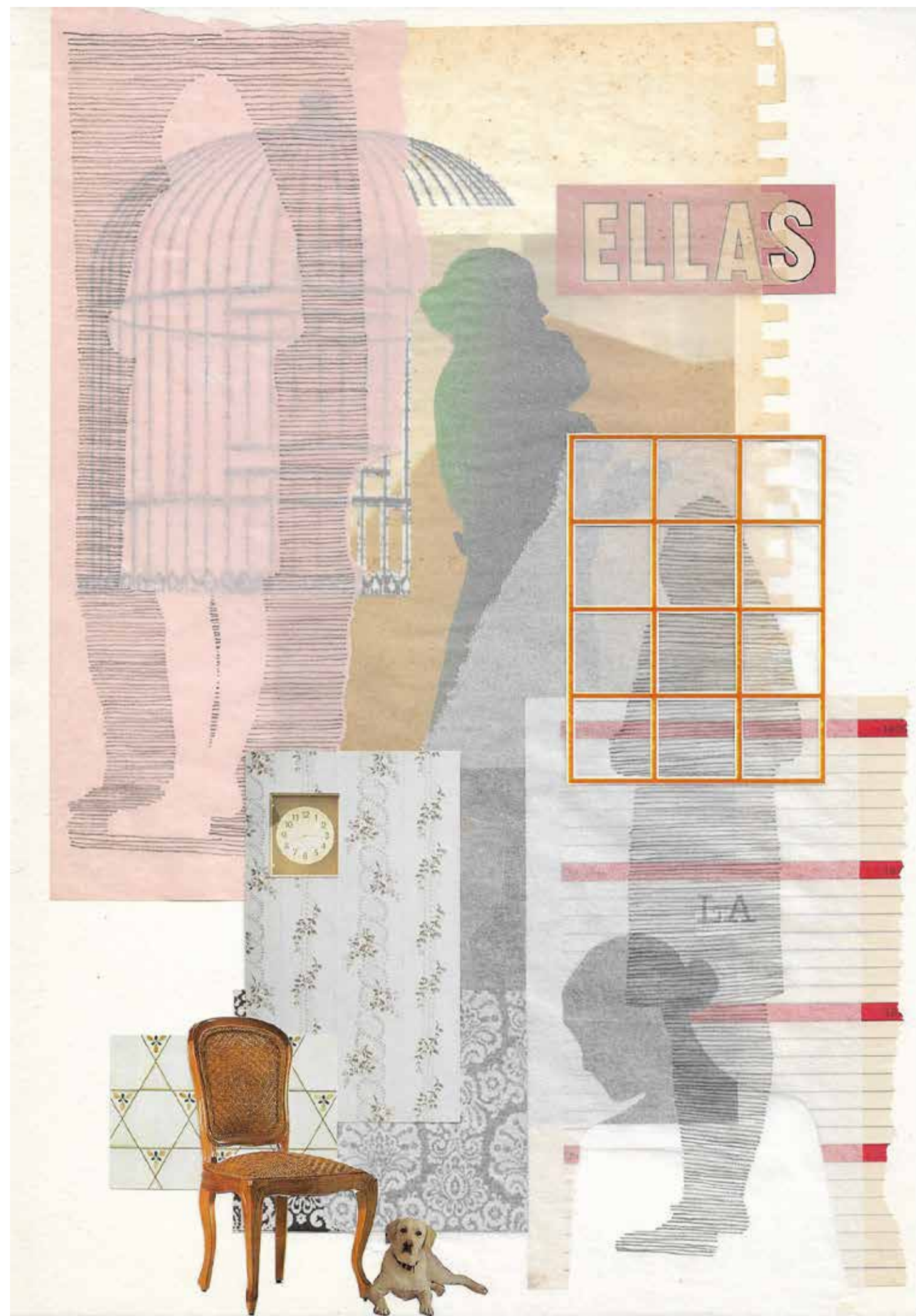
Cuando era niño vivía en Aranjuez. Estudió hasta segundo de primaria pero nunca aprendió a leer ni a escribir. El papá los dejó por otra y su madre, sus hermanos y él quedaron jodidos. Vendía huevos en el barrio y confites en los buses. Se la pasaba en el basurero recogiendo hueso, aluminio, vidrio y cartón. Creció y empezó a trabajar en un burdel en Lovaina.

Se convirtió en una joven a la que llamó Claudia. Se mantenía con las uñas largas y pintadas, el pelo largo y liso hasta la cintura. Se ponía faldas y vestidos de flores, lentes de contacto azules. Empezó a tomar hormonas, "para sacar tetas, cadera, cuerpo de vieja", recuerda Luis. "Era toda una modelo, pero con voz de perro". Hacía fononímicas de Amanda Miguel, Rocío Dúrcal e Isabel Pantoja.

Cada día estaba con un hombre distinto. Como a los clientes les gustaba que estuviera "traguiadita" le empezó la costumbre por el licor. Pasó el tiempo, su precio se fue devaluando, los hombres la buscaban menos, ella los necesitaba más. Un día, en un arrebato, emprendió un viaje a Bogotá. Se propuso subir de rodillas a Monserrate y lo logró. Le ofreció las peladuras al Señor Caído. Llegó sin aire, con sangre a la vista. En sus adentros le dijo que esa no era vida. Que no quería seguir siendo esa persona, que la ayudara a cambiar, a encontrar su lugar en este mundo.

Cuando volvió a Medellín cogió unas tijeras y se cortó el cabello desde la raíz y empezó el cambio. Sabía que no solo era buena en la cama. Su familia le decía que tenía buena sazón y para el orden, mucho tesón. Aceptó una oferta de trabajo como "muchacho del servicio" y decidió volver a ser Luis. "La misma loca pero sin disfraz". El rumor de sus servicios se fue regando, una patrona les contó a las amigas que tenía un hombre haciendo las labores de la casa y las demás por pura curiosidad quisieron probar.

Desde entonces no ha dejado de trabajar en casas de familia. Al principio, mientras daba con gente buena, "le tocó ponerse el pantalón y la correa". Se defendió del esposo de una patrona que lo intentó violar; de una jefa que lo ofendió cuando le dijo que "ojo con ir a tocar al niño", "que los maricas tienen malas mañas"; de otra empleadora que tenía todo el mercado calculado y cuando salía le ponía a la nevera un candado.



Ahora, la mayoría de sus patronas son buenas, lo aceptan, lo quieren, lo necesitan y lo consienten. Luis les gusta porque tiene talentos culinarios, su especialidad son los frijoles. Tiene fuerza en sus brazos, una obsesión compulsiva con el aseo, una delicadeza intensa y, sobre todo, buen humor. A todas las hace reír con sus ocurrencias y su botadera de plumas.

En la cuarentena le ha ido bien, no se puede quejar. Tiene trabajo todos los días en una casa distinta. Se la pasa en Laureles, Estadio, Belén, Envigado y El Poblado. Como varios se fueron para las fincas o sus lugares de origen, le entregaron las llaves de los apartamentos. Los vigilantes de los edificios lo vieron entrar como si fuera el amo y señor de la casa y no le dijeron nada porque saben que es de extrema confianza. Luis trabajó a solas y sin camisa, sin supervisión y sin prisa. Como no había que cocinar, ni lavar ni planchar, todo lo resolvía en poco tiempo.

Fueron días de relajó. Confiesa que hacía la siesta, que vio la novela, que sintonizaba *La voz de Colombia* y dejaba salir su voz destemplada mientras bailaba y por ahí derecho barrija y trapeaba.

Ahora que los jefes están de vuelta, Luis se siente más contento, le hacía falta conversar con alguien. Se considera una persona con fortuna, ser empleado del servicio ha sido su orgullo. Desde que lo ejerce se siente pleno, digno, feliz, piensa que pasó al más allá, a la buena vida. Pronto cumplirá sesenta años. Ya no es un muchacho del servicio, es todo un señor aunque los porteros cada vez que lo vean, se codeen, se rían y murmuren: "Llegó la diva".

Claribed Palacios

Era de noche y Claribed ya estaba cansada. Le dolían los codos y la espalda. Tenía los dedos entumecidos y el corazón

agrietado. Antes de irse a la cama, tenía que escribir un pronunciamiento sobre la tragedia de una colega que perdió la vida mientras hacía su trabajo en un apartamento. Desde que empezó la cuarentena se la pasa al frente de una pantalla. En las mañanas tiene reuniones; en las tardes, foros; en las noches, talleres; en los ratos libres responde correos, a la medianoche apenas tiene un respiro. Ser la presidenta de la Unión de Trabajadoras Afrocolombianas del Servicio Doméstico (UTRASD) no es fácil y menos en una pandemia.

Antes se la pasaba en Urabá, Cartagena, Neiva y Medellín haciendo conscientes a las trabajadoras negras de sus derechos. Haciéndoles caer en la cuenta de que los abusos no son normales y que la esclavitud se abolió hace mucho tiempo. Estuvo en el Congreso de la República junto a Jorge Enrique Robledo abogando por la Ley de Prima. Ha

representado al gremio en conferencias, convenciones, ponencias las once veces que ha salido del país.

Estuvo en el Foro de Trabajadoras Africanas de Londres. En Suiza discutiendo el convenio 190 de la Organización Internacional para las Migraciones sobre la violencia y el acoso laboral. El año pasado anduvo por Brasil y Argentina hablando sobre migración y trabajo doméstico. El 9 de marzo iba para Estados Unidos pero dos días antes cancelaron el evento por la crisis sanitaria mundial. Sin embargo, desde la sala de su casa en el barrio Robledo sigue el activismo.

En estos cinco meses de encierro se han afiliado más miembros al sindicato. Han recibido más llamadas, quejas, denuncias porque aumentaron los abusos. Con el bodegón de fondo del comedor, un turbante en la cabeza y labial rojo en los labios ha declamado más discursos de lo normal. El 22 de julio se unió a un Facebook Live para conmemorar el Día Internacional del Trabajo Doméstico. Participó en una tuitera para manifestar que las medidas que ha tomado el gobierno en el aislamiento obligatorio no protegen al gremio. Estuvo junto a la senadora Ángela Robledo en el lanzamiento virtual de Aliadas, una aplicación de celular en la que las trabajadoras del servicio doméstico pueden calcular la prima, una liquidación, resolver preguntas frecuentes y establecer un diálogo directo con el Ministerio del Trabajo.

Claribed tiene la agenda repleta. Además, es madre de tres hijos, es estudiante de derecho y de licenciatura en etnoeducación. Los últimos días ha sentido estrés del puro. Ha subido de peso. Le duelen los tobillos. Se acuesta cansada pero sabe que vale la pena este esfuerzo crónico. Todo lo hace para que a otras no les pase lo mismo que a ella le tocó cuando salió de catorce años en lancha de la vereda Tribugá, en el Chocó.

Aún recuerda al patrón que le tocaba los senos. A la anciana que no le pagaba sueldo y creía que bastaba con darle techo. Al hijo de una patrona que le agarraba la nalga. Al esposo de la jefa que la echó cuando supo que estaba en embarazo. Desde que salió de su tierra comenzó esa seguidilla de violencias en Quibdó, Medellín, Buenaventura, por donde fuera. Por eso se unió al sindicato hace siete años. Por fin encontró su espacio. No se imagina qué pasaría donde no hubiera organizaciones como esta velando por la integridad, la dignidad y la seguridad de las trabajadoras del servicio doméstico.

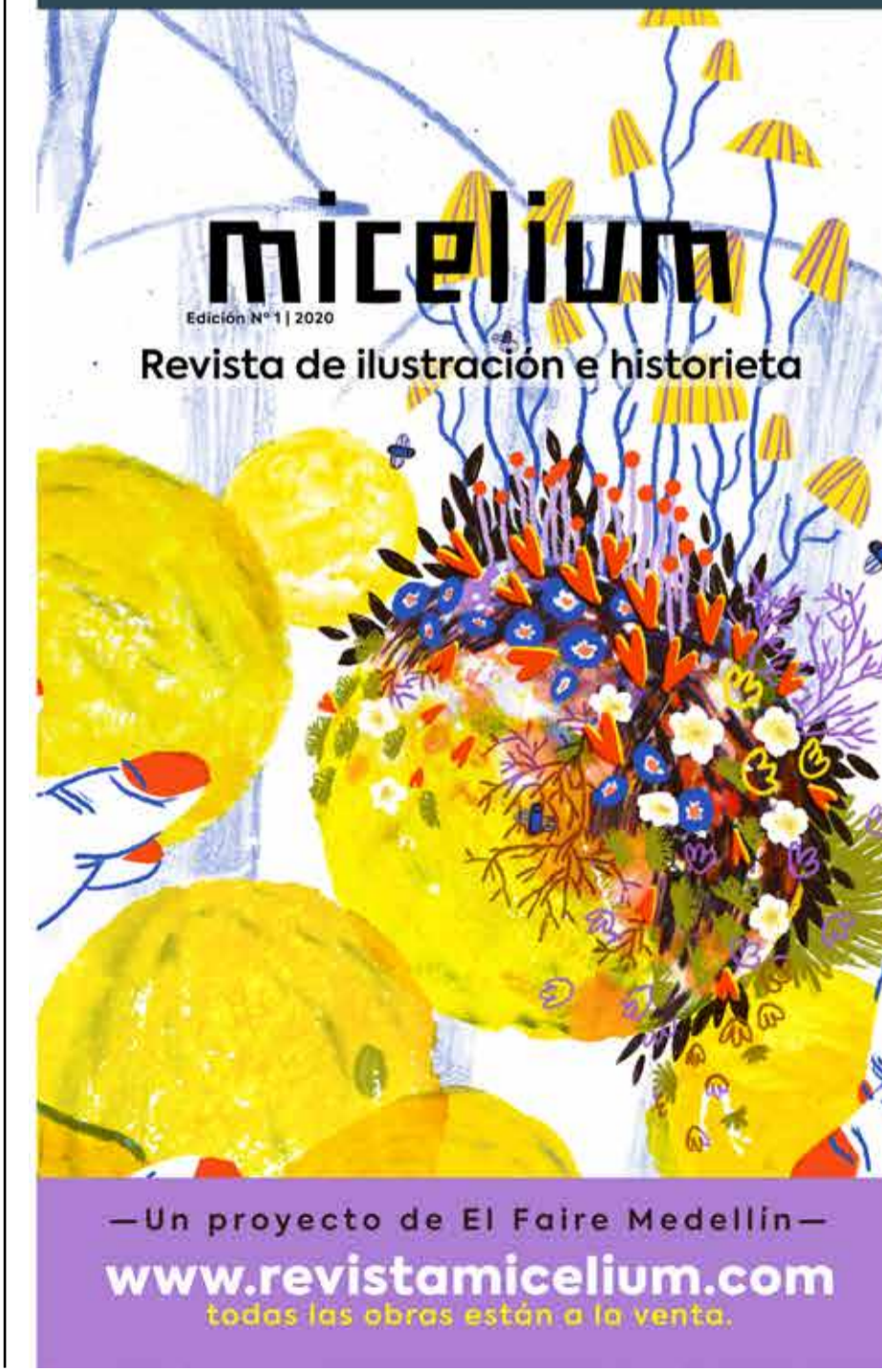
En la mañana del jueves 6 de agosto a Claribed se le salió un suspiro cuando empezó a leer titulares de prensa: "La mala hora de Glennis", "Cayó al vacío mientras limpiaba". Aunque Claribed no la conocía, sabía que era de las suyas. Una negra que nació rodeada de mar. Salió de su tierra siendo muy joven. Llegó de Turbo a Cartagena y trabajó por cuarenta años en casas de familia. En los últimos tiempos trabajaba para extranjeros. Llevaba un mes sin poder salir del apartamento en un edificio frente a la playa.

Según la prensa costeña, lo hacía de manera informal. No tenía afiliación a la salud, ni a la pensión, tampoco a la aseguradora de riesgos profesionales. En las horas de la mañana cayó desde un piso muy alto. Al principio nadie entendía qué había pasado. Por qué una mujer de uniforme azul oscuro, descalza, había caído sobre el antejardín del recinto. En el balcón de sus empleadores quedaron sus chanclas y un banquito de madera. Entonces Claribed dejó salir su desazón por escrito y publicó este comunicado:

"Perdió la vida la compañera Glennis Baloyes Pérez, de 52 años y oriunda de Turbo-Antioquia, la trabajadora se encontraba limpiando los balcones del edificio cuando pierde el equilibrio y cae al vacío desde el piso 11 del edificio ubicado en una exclusiva zona residencial de Castillogrande en el Norte de la ciudad.

Hoy, con profunda tristeza, hacemos un llamado a los empleadores, a la sociedad y al Estado para que el trabajo doméstico no nos cueste la vida. Es inadmisible que el trabajo doméstico siga representando un peligro para las más de 750 mil mujeres del sector, que por órdenes de empleadores se someten a trabajos riesgosos y sin ningún tipo de protección como la limpieza de vidrios en alturas.

La vida de las trabajadoras domésticas nos importa y no podemos permitir que la subordinación o el miedo a la pérdida de un empleo las ponga en riesgo. Estos casos muestran una realidad: la necesidad de capacitar a las trabajadoras y empleadores del sector en riesgos laborales, una obligación del Estado y de las ARL; así mismo, nos muestra la necesidad de avanzar en la reclasificación del riesgo de las trabajadoras domésticas que en la actualidad se les afilia por el riesgo más bajo, cuando la realidad es que este sector se expone a diario a quemaduras, cortaduras, sobreesfuerzos en pesos o caídas, las cuales ameritan una evaluación del riesgo y una reclasificación. Desde la Unión de Trabajadoras Afrocolombianas del Servicio Doméstico, instamos al Ministerio de Trabajo a que busque una estrategia de inspección a hogares para prevenir que este tipo de situaciones sigan ocurriendo".



La vuelta a El Mundo en los ochenta

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO • Fotografías: Archivo El Mundo

A propósito del fin de *El Mundo*, periódico de Medellín del que solo he sido lector de archivo, de sus ejemplares ochenteros, vale la pena recordar algunas de sus notas más relevantes de esa década.

En 1980, por ejemplo, a través de una columna firmada por Focus, aparecería el primer registro escrito del término mágico: "Todo el mundo sabe dónde están los mágicos, dónde viven, qué negocio tienen y cuáles son sus matones, cómo se mueven. Y no pasa nada. Todo el mundo sabe dónde se consiguen los asesinos a sueldo, cuánto cobran, quiénes son, y no pasa nada... Esta realidad cogió ventaja". Mágico, según el *Diccionario de parlache*, significa, por supuesto, mafioso. Mágico, escribió Alonso Salazar en *La parábola de Pablo*, "quizás sea una asociación de mafioso y milagroso, el que todo lo puede, o que aparece de repente, el emergente: el narcotráfico propició la insurrección de sectores plebeyos que protagonizaron una profunda transformación de Medellín y del país, que un escritor llamó revolución sin filósofos".

Un año después, en 1981, *El Mundo* sería el primer periódico en registrar uno de los letreros más icónicos de la Medellín de los ochenta, sí, "Prohibido arrojar muertos aquí", con una multa capicúa de 111 pesos. La foto del letrero iba acompañada por el siguiente pie de foto: "Esta valla, que encierra una dolorosa verdad y soporta una cruel ironía, fue colocada en la carretera a Boquerón, en predios de la finca San Antonio, al parecer perteneciente a Regina 11. Antes había un anuncio de Pastas La Muñeca. ¿Qué opina?".

Finalizando esa misma vuelta al sol, *El Mundo* haría la mejor cobertura de uno de los hechos más impactantes de esa década, el de la monja en situación de discapacidad incinerada por encapuchados afuera de la Universidad de Antioquia. La cobertura sería tan exhaustiva que, un par de días más tarde, ese periódico publicaría apartes de una carta reciente de la monja remitida a Cristo, en la que le comunicaba su pronta muerte: "Sé que voy a morir joven". Tenía cuarenta años.



Un año después, en 1982, Alberto Aguirre, la mejor pluma de *El Mundo*, publicaría una de sus mejores columnas, que abriría así: "No hay remedio, somos provincianos. Qué barahúnda la que se armó porque Time, una revista gringa, al hablar del Mundial-86, dijo que era improbable su realización en Colombia, 'esa menuda república de coca y de café'... La cosa no es para tanto. Por lo primero, esa revista no es el tribunal supremo, ni el supremo inquisidor. Una publicación como cualquier otra. Además, esos son los signos básicos de este país, los que nos significan: el café suave de nuestras laderas templadas aroma el mundo, y la coca que desde aquí se lanza, lo obnubila. Somos coqueros tan tenaces, que tenemos a raya, en el propio Nueva York, a la mafia siciliana".

Un año después, en 1983, *El Mundo* publicaría uno de sus artículos más citados: "Al oponerse a secuestro en San Roque, muerto Alberto Uribe Sierra". Título seguido por el siguiente subtítulo: "Heridos sus hijos Santiago y María Isabel, y el piloto de helicóptero Bernardo Rivera". Es uno de los más citados por este aparte consonante que vincula a Álvaro Uribe Vélez con Pablo Escobar: "Desde Medellín había salido a las 6:45 PM un moderno helicóptero, de propiedad de Pablo Escobar, al mando de Jaime Sandoval, con el propósito de traer de urgencia a Santiago a esta ciudad, para ser internado en una clínica. El permiso especial fue otorgado por la Aeronáutica, a petición del ex director de esa dependencia y ex alcalde de Medellín, Álvaro Uribe Vélez, por tratarse de un caso de urgencia y porque el aparato está equipado con sofisticados equipos electrónicos y radar".

Un año después, en 1984, en su suplemento Siempre en Domingo, *El Mundo* publicaría una crónica titulada "La muerte me tiene miedo", que inspiraría el primer guion de *Rodrigo D.*, protagonizada por Rodrigo Alonso Arango Restrepo, de veintitún años, quien subiría hasta el piso 20 del Banco de Londres, en pleno Parque Berrío, corazón de Medellín, con la intención de lanzarse al vacío a través de la primera ventana de esa planta. Sin embargo, una vez allí, antes de dar el salto al más allá, una empleada de la Seccional de Salud de Antioquia, de nombre de pila Constanza, que le recordaría a Rodrigo Alonso a su difunta madre, fallecida meses atrás, en julio de ese mismo año, lo distraería durante cuarenta minutos hasta que un puñado de policías lograría echarle mano. La crónica iniciaría con esta descripción de Rodrigo Alonso: "Es un hombre impasible y enigmático, no parece angustiado, ni cansado, ni desesperado, aunque siempre tiene una extraña humedad en los ojos". Y culminaría con una promesa del protagonista encadenada al día de la muerte de su madre y a todos los viernes por venir: "La cucha se murió un viernes, y le juro, yo me muero un viernes".

Un año después, en 1985, *El Mundo* publicaría "S.O.S desde Bellavista", la legendaria pentalogía de

crónicas de Ricardo Aricapa acerca de la mundología de esa cárcel. En el título de la quinta entrega, por ejemplo, aparecería el registro escrito más antiguo de parcerero, la forma de tratamiento para referirse a un amigo cercano: "Un Parcerito del cuarto y una Chica del noveno". Registro que se repetiría en el pie de foto: "Carlos Robeiro Valencia Gómez, alias El Parcerito, uno de los duros del patio cuarto. Tiene más entradas a Bellavista que años de edad". Tenía diecisiete años y veintidós entradas, todas por robo, era de Manrique, el mayor de ocho hermanos huérfanos de padre.

Finalizando esa misma vuelta al sol, *El Mundo* sería el único periódico del país que reproduciría en su titular de portada las siguientes palabras del presidente Belisario Betancur: "Ojalá las Farc lleguen al Congreso". Palabras emitidas a través de Caracol Radio desde Lima, donde asistía a la posesión de su homólogo peruano Alan García, y que se extenderían en el cuerpo de la nota: "Ojalá varios dirigentes de las Farc lleguen al Senado y a la Cámara, porque eso querrá decir que en ese momento cambiarán la dialéctica detonante por la otra dialéctica, la de los mecanismos de persuasión... Es más importante ver a Tirofijo en el Congreso que en la guerrilla".



Un año después, en 1986, *El Mundo* publicaría una de las primeras definiciones conocidas de sicario, escrita por el general Maza Márquez, por entonces director del DAS: "A diferencia de lo que ocurre en otros países, en los cuales la actividad terrorista la asumen personas adultas, en el terrorismo selectivo de hoy, en Colombia, se utiliza la inmaturez e irresponsable osadía de los adolescentes y aun de los inimputables. Con inusitada frecuencia el ejecutor material, quien acciona el arma, está entre los 15 y los 19 años. Estos son los llamados sicarios. Constituidos por grupos de jóvenes, que inicialmente operaban en motocicleta, patrocinados por el narcotráfico para cobrar cuentas pendientes". Definición con la que se empezaría a dejar atrás la expresión más usada por los medios para referirse a los sicarios, esto es, "asesino de la moto", que hoy sobrevive marginalmente bajo el acortamiento "los de la moto".

Un año después, en 1987, *El Mundo* publicaría uno de los primeros artículos sobre la cultura de la violencia circunscrita al plato o plomo de Medellín, en expansión por Colombia, a cargo de Álvaro Tirado Mejía: "Con el boom del dinero se impulsieron en poco tiempo patrones diferentes a los de la solidaridad. La figura ideal es la de aquel que logra el éxito económico rápidamente, por cualquier medio, imponiéndose como el más fuerte, en una competencia a muerte. Héroe es el que se burla de la ley, el que con arrogancia cuenta que defraudó al Estado en sus obligaciones impositivas, quien se pasa un semáforo en rojo y desdénidamente mira por la ventanilla de su potente automóvil al conductor que, ingenuo, todavía espera la señal de verde para proseguir".

Un año después, en 1988, *El Mundo* haría el mejor cubrimiento del carrobomba contra el edificio Mónaco, encabezado por este titular: "Como si estuviéramos en Beirut", capital del Líbano, en plena guerra civil. Titular del que surgiría un neologismo verbal, "beirutizar", que anticiparía las 184 bombas que explotarían en Medellín desde ese momento hasta la muerte de Pablo Escobar Gaviria, y portadas de revistas como *Semana* tituladas así: "¿Guerra civil en Medellín?".

Finalmente, un año después, en 1989, *El Mundo* publicaría estas palabras de Gabriel García Márquez con respecto a la guerra que vivía Medellín y el resto del país: "Todo esto hace pensar que la guerra será larga, ruinosa y sin porvenir. Y lo peor de todo: sin alternativas. A no ser que surja alguna imprevisita y feliz: uno de esos disparates que tantas veces salvaron a la América Latina de la disolución final. Si no es el diálogo, podría ser cualquier otra cosa a condición de que no cueste la vida de nadie. No sea que antes de que termine la guerra de nunca acabar, se nos acabe el país. Este es, por desgracia, el único presagio alentador que se me ocurre para no terminar con una conclusión catastrófica".

Posdata 1: La última foto que acompaña este artículo, una de las portadas más recordadas de *El Mundo* y más representativas de la época, corresponden al punto medio de esas 184 bombas, la 92, accionada el 28 de junio de 1990, frente a la estación de Policía de Los Libertadores, en plena avenida Regional, dejando un saldo de trece muertos, 32 heridos y diecisiete carros destruidos.

Posdata 2: En el pie de foto de esa foto de portada se lee lo siguiente: "La tragedia que vive Medellín quedó patentizada en el profundo dolor que aquí soporta el senador liberal Jorge Iván Posada, quien perdió a su esposa y a un niño, en tanto su pequeña hija se debate entre la vida y la muerte. También murió la periodista Miriam Nassa".

Apuntes sobre Matarife

por ELENA SÁNCHEZ VELANDIA
Fotografías: Fotogramas tomados de la serie *Matarife*

Lo que ha sucedido con solo cinco minutos de *Matarife* me hace pensar en lo sobrevalorada que está la lógica de la comunicación, por demás en el sentido más cibernético (y plano) del término: la transmisión de una información (o contransformación, igual da) sin ambigüedades, sin ruidos, clara, sin insinuaciones... por algo dijo Deleuze que la contransformación nunca le hizo mella a Hitler sino cuando se transformó en acto de resistencia. No sé qué prejuicio pseudoilustrado nos ha hecho creer que los uribistas son simplemente gente desinformada. La información está a la mano, las copias que compulsaron tribunales relacionando a Uribe con las masacres de La Granja y El Aro (por dar solo un par de ejemplos) están ahí, han sido reseñadas por los principales diarios del país. Sin embargo el uribista promedio responde: si tiene pruebas denuncie. Cuando les he mandado artículos sobre dichos procesos me han mandado artículos sobre los procesos disciplinarios que corrían sobre Petro. Al principio no entendí la lógica, pero despreciarla es lo que hace que no entendamos cómo luchar contra este monstruo tan humano. La política no es solo cuestión de discurso sino de formas de vida, de afectos que se ponen en común. Un día hablaba con una compañera de trabajo. Me contó de su vida cuando era campesina. Me contó cómo venían los militares y entraban a sus casas cual señores feudales quedándose con lo que se les daba la gana. Me contó cómo dar ayuda a un guerrillero se transformaba en suicidio pues luego venían los paramilitares y tomaban venganza, cómo hablar con un “para” se transformaba en suicidio pues luego venían los “guerrillos” y tomaban venganza. Le pregunté, ingenuamente, que si todo se había mejorado con el tratado de paz. Me dijo que todo se había mejorado con Uribe. Me recorrió un escalofrío pero entendí muchas cosas. Es la misma lógica que la mafia aplicó durante años en el sur de Italia. Ante la ausencia de Estado la mafia asume la “tarea” de imponer el orden (no sin cobrar por realizar su labor: el *pizzo*). Solo que aquí la mafia ya llegó a capturar el Estado mismo transformándolo en un brazo de la mafia. Pero mientras que la mafia/Estado garantice la “protección” (otro nombre del *pizzo*) a muchos no les importa que se trate de la mafia. Solo cuando la “protección” se transforma en una pesadilla para algunos, esos algunos comienzan a entender que no era buena idea aceptarla. Sin embargo, el sistema suele funcionar mientras que la mayoría siga simplemente recibiendo “protección” (y por demás ahora que la mafia ha capturado al Estado, el *pizzo* pagado ya no parece extorsión). Así, los uribistas responden que quien trata de matarife a Uribe es porque no ha vivido la libertad, la sensación de seguridad, la tranquilidad que proporcionó su presidente eterno. Durante años hemos querido ver ahí una pedantería de clase: “Sí, libertad para los ciudadanos de clase media-alta/alta que podían ir a sus fincas”. Pero no era cuestión de fincas de ciudadanos. Toda una franja de la población sintió que por fin el Estado se preocupaba por ellos y los protegía. Los otros en algún modo estábamos quizás ya vinculados a lo minoritario. Mi padre que llegó a los nueve años a Bogotá con mis abuelos, perseguidos por los chulavitas, ya sabía lo que significaría el uribato. No necesitó de mucho para abrirme los ojos sobre el personaje, aterrado de que fueran a votar por él y de que hubiese surgido de la entraña del partido que tanto amó su padre, el partido liberal, el de los ateos, rojos, herederos de Rafael Uribe Uribe. Qué desazón la suya. Y la mía, porque en sus ojos, más que en sus palabras, vi ese terror mezclado con tristeza y desesperación casi rabiosa que se apoderaba de él, el terror de volver a vivir la furia fascista. Y digo, claro, que quienes alaban a Uribe no han vivido esa furia fascista, no la han visto en los ojos aterrorizados del otro. No la han sentido en sus entrañas de minoría. Me acuerdo que estaba en Italia y vi la noticia del asesinato de Mario Calderón y Elsa Alvarado. Vi su retrato. Eran dos miradas dulces y joviales, llenas de una vida invencible. Lloré. No creo que sus verdugos hayan podido ver esos ojos. Sí, los uribistas y yo no hacemos parte de las mismas formas de vida, no habitamos las mismas potencias del cuerpo (afectos).



Pero la comunicación funciona a partir de la *doxa*: ese conjunto de creencias, de opiniones, de formas de organizar lo real (realemas) que comparte una comunidad, que acepta de manera incuestionada y que se requiere para que un mensaje sea comprendido. Por eso la comunicación es en principio funcional al *statu quo* así se trate de comunicar contransformaciones (y se ve que periodistas muy “serios” pueden dedicarse a transmitir toda la contransformación antiuribista que se quiera para no por eso entienden que muchos pedimos a gritos un cambio profundo y creen simplemente que hacemos parte del pueblo inculco que se deja encantar por mesías: no vivieron nunca la precariedad o la han olvidado, piensan que fue una etapa vencida por su duro trabajo individual, no logran ver lo que el resto de Colombia ve: que por más duro que trabajemos nos han condenado a la precariedad o a la miseria). Y claro, en términos de comunicación (por lo menos en su sentido “cibernético”) *Matarife* es muy mala, no transmite sino algo lleno de conjeturas: que unos testigos (¿quiénes?) dicen que Mancuso se la pasaba en El Nogal y que ahí estaban los lugartenientes de Uribe. Como quien dice: “Cuentan por ahí que”. Y claro, si esa fuera la cuestión eso no serviría para convencer a un uribista, pero no porque la comunicación sea de buena o mala calidad sino porque ni siquiera lo va a mirar. Porque lo mueven otros afectos. Porque está contento con el *pizzo* en el que se han convertido sus impuestos. En principio, por eso no creía que la serie tuviera gran utilidad. Pero visto lo que se armó el viernes cambié de opinión. Me di cuenta de que quizás el contenido del episodio ni siquiera fuera lo más importante. Me di cuenta de que estaba asistiendo a una especie de ritual al que millones de colombianos estaban asistiendo, de que estábamos asistiendo a una especie de tribunal colectivo en el que finalmente íbamos a condenar públicamente al Matarife. Que

finalmente íbamos a condenar eso que debimos condenar hace más de setenta años cuando surgió con la figura de Laureano Gómez. Ese monstruo alimentado de nuestra propia humanidad que hemos creído domar con tibios frentes nacionales. Si *Matarife* tiene que ver con la comunicación es en un sentido inverso. No en cuanto surja de una *doxa* sino en cuanto intenta instalar otra, una que debimos haber instalado hace mucho tiempo. Pero ahora con un lenguaje global. Un lenguaje que inmediatamente ha sido percibido más allá de nuestras fronteras. No sé si lo logre. No sé si logre instaurar este nuevo sentido común, un sentido común que ha de rebosar nuestras fronteras porque corren tiempos de neofascismo global. No es la primera vez que alguien lo intenta, no sé si su estrategia surta efecto, no sé si el uribismo logre contrarrestarla, pero me digo que un ritual de justicia donde participamos millones deberá generar algo. Liberar muchas miradas de vida invencible. O tal vez simplemente le dará fama a su autor. Todo dependerá de qué afectos se activen. En la televisión española le hicieron un homenaje a Lorca: un personaje de una serie de ficción lo lleva al futuro a un local granadino donde Camarón interpreta la “Leyenda del tiempo”. Lorca reconoce su poema y conmovido dice, “pero si España aún se acuerda de mí, he ganado yo, no ellos”. Los españoles tan conmovidos como el personaje se lanzaron a las redes sociales a compartir el episodio. Me imagino que en ese momento se acordaron de que ya una vez habían vencido al fascismo, de que Camarón, tan gitano, homenajeando a Lorca en el 79 era el triunfo de la vida sobre el fascismo. Me imagino que recordaron que el fascismo no tiene otro destino final que perder. Por desgracia a veces llevándose nuestras vidas individuales en su caída. Pero esa voz colectiva minoritaria que es un Lorca engitanado, esa quizás sí resista a la muerte. ☺

Poemas prestados

EDWIN DÍAZ

Mango con sal

Qué chimba es comerse un mango con sal
debajo de un árbol de mango
con las hojas manchadas de verde
y la brisa arrojando el follaje

Qué chimba es comerse un mango con sal
faltando un cuarto para las doce
en la terraza de la casa
y con un sol demencial

Qué chimba es comerse un mango con sal
Cuando uno sale del colegio
Después de las cinco de la tarde
pensando en las tareas

Qué chimba es comerse un mango con sal
para después comerse otro
y llegar a la conclusión
de que nos ha dejado de gustar ese mango

Qué chimba es comerse un mango con sal
en la sala de la casa
mirando la televisión
y manchando el control remoto

Qué chimba es comerse un mango con sal
y observar al señor de los mangos
venderle otro mango a una señora,
igual de rico que el de uno.

Qué chimba es comerse un mango con sal
echarle bastante sal, y harto limón
que este jugoso ese limón
y que se le caigan todas las pepas de la cascara.

Qué chimba es comerse todos los mangos del mundo con sal
arrojar todas las pepas de mango en el patio
y ver crecer los arbolitos uno por uno
hasta que solo quede uno.

Qué chimba es el sonido de los mangos cuando caen
Y rebotan dos veces,

Que chimba es pelarlos y comérselos con sal y limón.
debajo del palo de mango.
Oliendo a mango y con el corazón lleno de sal.

*Poemas prestados

*En colaboración con Andrés Cardona

Señor mi Dios
te doy gracias por todo, pues por todo.
Por estar vivo
por ser todo un príncipe
por ser muy paciente

por saber hablar bien
y ser delgado
y siempre tener invitaciones en face, y siempre
gustarle a todos.
Te doy gracias por ser marica
por ser tan sad
y tan blanco.

Gracias, gracias, gracias por el pan crema
y todos los heteros maricas que conozco
También por el barrio la floresta y la 80
Por mi amigo Edwin
Madonna y MJ

Por el frío
por mi marca de ropa
y por ser muy paísa.

Te doy gracias por la música, si Diosito, la música.
por siempre chatear con alguien
por darme el ronja y el guaro
Por el rock.
Gracias también por ser tan mechudo

Por hacer lo que me da la gana
por ser mierda siempre
por el reguetón
y por lo narizón y pobre, qué chimba.

Por no saber jugar fútbol
Por hacer barritas

Te doy gracias porque puedo dormir mucho
te doy gracias porque no duermo ni mierda
te doy gracias por mi gato Billie
te doy gracias por la noche
te doy gracias por ser alto
y siempre te estaré agradecido señor por
haberme regalado un celular.

Enterrar a la mamá



Cobertura de la quebrada Santa Elena. Francisco Mejía. Circa 1940. Archivo BPP.

Si usted hubiera sido un niño en esos tiempos habría podido presenciar con asombro —y quién sabe si dolor— uno de los entierros más descomunales que haya organizado Medellín. Un entierro por lo alto, planeado por años, promovido con entusiasmo y finalmente ejecutado con bríos, recursos y convicción. Un crimen, lo han llamado algunos. Un asesinato, otros. Un mal necesario. Un acierto, incluso. Pero un entierro al fin y al cabo.

En esta foto lo podemos ver clarito. Ante nuestros ojos —y ante los ojos de quienes miran o conversan dispersos en la escena—, el proceso de enterramiento en todo su esplendor. En medio de la imagen, proyectando su cauce en diagonal desde abajo hacia la derecha, vemos el flujo de agua más importante en el largo proceso de surgimiento, crecimiento y desarrollo de esta ciudad. El que la “amamantó”, la “bautizó” y le dio todo lo que un arroyo —con su lecho y sus riberas— le hubiera podido ofrecer a un pequeño asentamiento humano. Un pequeño caserío en tierras indígenas convertido luego en sitio de españoles y, casi cuatro siglos más tarde —aquí lo vemos—, en un pueblo grande que se negaba a aceptar un apelativo diferente al de “ciudad”: la “Villa de nuestra señora de la Candelaria de Aná”, luego “Villa de nuestra señora de la Candelaria de Medellín”, y hoy Medellín, a secas. Esa que nació recostada a orillas de la antigua quebrada de Aná, la mismísima quebrada Santa Elena. La que desde los días en que fue tomada esta fotografía atraviesa a

oscuras el Centro, bajando desde las montañas del oriente hasta desembocar en el río Medellín.

¿Cómo llega una ciudad a tomar la decisión de que la fuente de agua que históricamente “la trajo al mundo” debía ser sepultada bajo una lápida de cemento armado? ¿Qué extraño encadenamiento de hechos puede llevar a que se prefiera eso a abrazarla, a salvarla?

La respuesta sin duda está dispersa en los archivos históricos, en las páginas de los periódicos o en los ires y venires de los títulos de propiedad del suelo urbano. Pero en últimas la explicación está en un lugar más inasible y sutil, pero contundente: la mentalidad de los hombres y mujeres que hemos habitado este valle desde los tiempos de la invasión española. Y que aunque se ha transformado con el paso de los siglos y las modas, aún sigue ahí, aquí, a su manera, dando forma a este pedazo de mundo.

Si los modos de vida medievales que heredamos de España la comenzaron a asfixiar en aguas negras, por otra parte las obsesiones por las ideas de progreso, higiene y acumulación de capital —importadas de Estados Unidos, Inglaterra, Francia— se ocuparon de darle el golpe de gracia. Vertimientos continuos de residuos industriales y la posibilidad de convertirla, de un solo golpe, en una alcantarilla que arrastrara todo lo sucio por debajo, y una calle que permitiera la circulación de todo lo nuevo y limpio (automóviles, aceras, gente bien bañada) por encima.

De modo que esto que aquí vemos es el proceso de cobertura o “entamboramiento” de

la quebrada Santa Elena, pero al mismo tiempo es la ansiedad de una ciudad latinoamericana por dejar atrás su pasado colonial de tapia, bahareque y barro, y abrazar con furor una promesa de futuro motorizada, encementada y perfumada.

Uno se podría detener en el hecho de que Coltejer decidiera, olímpicamente, convertir esta quebrada de todos en el alcantarillado de ellos, para deshacerse —a cielo abierto— de sus hediondos residuos de tintorería.

O en la falta de sentido colectivo y defensa de lo público de un Concejo Municipal que permitió que una empresa privada se ahorrra los costos de deshacerse de semejantes pestilencias en un lugar distinto a la “quebrada madre” de esta ciudad.

Pero en últimas fuimos todos. Como rezaba un anuncio de la época que promovía la cobertura de la quebrada, nos convencimos de que había que hacerlo “por salud, por transporte... ¡y hasta por negocio!”.

Si nos pusiéramos en tónica punzante podríamos decir, por ejemplo, que esta historia fue algo parecido a “matar a la mamá y hacer negocio con el entierro”.

Pero para qué llorar sobre lo que ya fue.

La pregunta ahora es, ¿nos alcanza la mentalidad de estos tiempos que nos correspondió vivir para revertir ese proceso y rescatarla?

Porque aunque parezca, la Santa Elena no está muerta. Solo está perdida, sucia y escondida bajo nuestros propios pies.

Subestaciones Central y Guayabal, más modernas y con mayor capacidad

Con una tecnología que garantiza menos cierres viales y la reducción del impacto visual, EPM emprendió en junio pasado la ampliación en capacidad de las subestaciones Central, ubicada en el barrio Suramericana, y Guayabal, en el barrio Campo Amor. El proyecto cuenta con una inversión aproximada de \$62.000 millones y se estima finalizar las obras en un año, con lo cual se garantizará la capacidad de atender la demanda prevista hasta 2027.

Gloria Elena Cano Celis, ingeniera electricista y líder del proyecto explica que la tecnología utilizada para la canalización de las redes de distribución de energía se denomina Tunnel Liner, la cual ya ha sido empleada por EPM en obras de acueducto y alcantarillado. “En años pasados se hicieron proyectos de redes de energía subterráneas, sin la utilización de dicho método, pero para la ejecución de las obras de estos proyectos va a ser usada por primera vez”, precisa.

El sistema consiste en la construcción de un túnel sin necesidad de abrir canales o brechas a todo lo largo de la obra. En su lugar, cada 100 o 150 metros se hacen unos fosos de unos cinco metros de profundidad y, a partir de ellos, se realiza la perforación subterránea por la cual se instalarán los ductos en que se extenderán los cables de potencia.

“Lo más importante es que minimiza las interrupciones de la movilidad, impacta menos el paisaje y los trabajos tienen menor tiempo de duración”, asegura la ingeniera Cano, quien agrega que para el mantenimiento de las nuevas redes “cada 80 a 100 metros se instalan cámaras, entre las cuales hay algunos empalmes y en caso de que se presente algún evento, se retira el segmento de cable afectado y se reemplaza rápidamente, sin necesidad de hacer trabajos sobre toda la red”.

La modernización de las subestaciones parte de la necesidad de ampliar su capacidad por la creciente demanda de energía eléctrica en

Medellín y el Valle de Aburrá. “Las subestaciones operan normalmente, pero se debe hacer una ampliación en cuanto a su capacidad de transformación para poder hacer la distribución de más circuitos de energía a nivel residencial y comercial, porque en este momento cada una ya está en su punto límite”, explica Cano.

En total, serán seis nuevos kilómetros de redes que partirán desde esos puntos estratégicos de la ciudad. Las que parten de la Central irán por el norte hacia la Universidad de Antioquia y el cementerio de San Pedro, por el occidente hacia Naranjal y la carrera 65, y hacia el centro cubrirán toda la zona de La Alpujarra, esta última ruta iniciará construcción en 2021.

Las que salen de Guayabal son, inicialmente, la que cruza paralela al puente peatonal del metro en El Poblado y va por la avenida Regional hasta Ciudad del Río, desde allí se atenderá la demanda de energía

en esta zona y sectores aledaños como San Diego y El Poblado. La otra ruta va hacia la zona comercial cercana al aeropuerto Olaya Herrera, de amplio crecimiento industrial y comercial.

“Este tipo de proyectos busca distribuir nuevos circuitos para hacer transferencias y descargar otros circuitos ya existentes. Es como si fuéramos a conectar entre sí algunas subestaciones para mejorar el sistema en cuanto a confiabilidad y respaldo”, afirma Cano.

La líder del proyecto agrega que los proyectos “son necesarios para mejorar la confiabilidad y garantizar la continuidad de la prestación del servicio de energía. Hace 20 o 25 años se hizo una modernización, en cuanto a reposición de equipos de potencia dentro de las subestaciones, por eso es necesario hacer ahora una nueva modernización en cuanto a automatización y nuevas tecnologías”.



Motivo pandemia

SE RIFA EL NIÑO DIVINO DEL GUANÁBANO

Secos los ahorros y sin la compañía de bebedores, tocó rifar nuestro preciado Niño Divino **este próximo 4 de septiembre.**

¡El Guanábano no se entrega!



>> Mayores informes en quarentena.universocentro.com



ALMUERZOS Y PRODUCTOS QUE FACILITEN COCINAR EN CASA.

LUNES - VIERNES
11AM - 3PM

DESDE LA PASCAGIA

DOMICILIOS
301 331 0444



EXLIBRIS  café libros repostería

Libros distintos para crear mundos distintos

Envíos lunes, miércoles y viernes a Medellín, área metropolitana y el resto de Colombia

20% de descuento en sellos Planeta y del grupo editorial Random House
10% de descuento en sellos Penta

 @cafexlibris
 300 362 8240



itaca

Gastronomía personalizada
Embutido artesanal

HACEMOS DOMICILIOS en Medellín
Todos los días
De 12 m a 4 pm
CEL. 3207908977



PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Domicilios en el centro
a través de Domicilios.com

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: **2302522**



Restaurante **EL ARBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

CAFÉ-BAR
CASA DE ASTERIÓN

Abierto de lunes a sábado
Desde las 2 pm hasta las 7 pm.



CIUDAD CAFÉ
CHARCUTERIA - BAR
PARA LLEVAR A CASA

CHARCUTERÍA ARTESANAL - SODAS Y COCTELES - ALIMENTOS CONGELADOS

Adquiérelos en nuestro local en el barrio Carlos E. Restrepo o a domicilio para todo Medellín
Pedidos al WhatsApp: 300 616 51 15
3006132256



HACEMOS DOMICILIOS,
NO HAWAIIANAS



Cll 49ª #64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co

Temporalmente sólo domicilios de pizzas. De Martes a Domingo a partir de las 5pm.

SABORES DE **ARIS**

RESTAURANTE
CARRERA 50 # 59-13 • TEL. 564 22 23

Restaurante Gourmet
Servicio a Domicilio 3148457974   

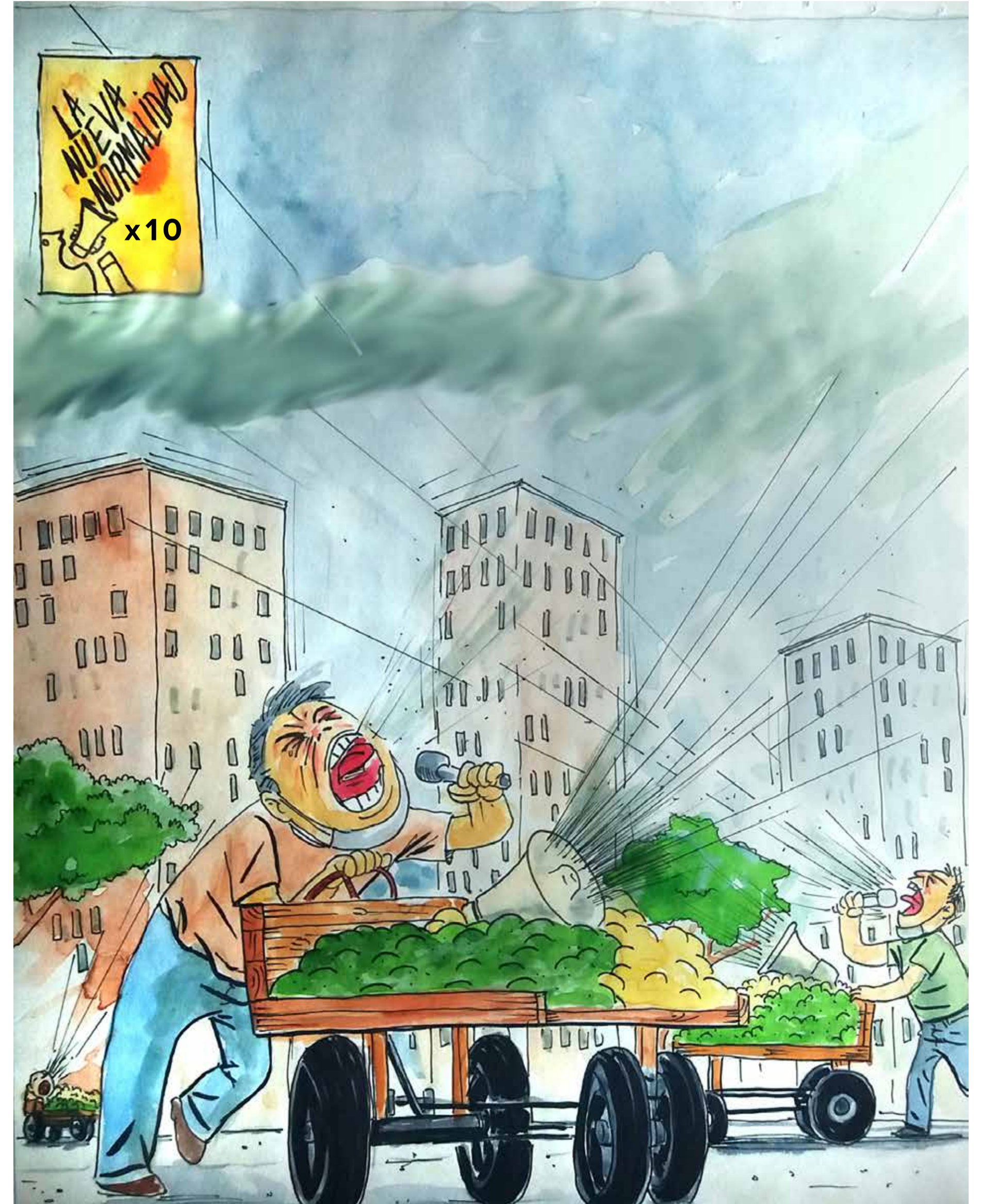
Cada vez que adquieres un servicio de **RAYA** **AYUDAS** a una comunidad y a sus animales en Colombia 

Esterilización • Microchip • Vacunación
Limpieza dental • Exámenes de sangre
Prueba de sida y leucemia
Servicios especializados

Programa tu cita  317 6604522



 **RAYA**
RED DE AYUDA A LOS ANIMALES



FESTIVAL DE TEATRO SAN IGNACIO

Octubre 6 al 12 · 2020 ·



www.festivaldeteatrosanignacio.com

En convenio con:



VIGILADO SuperSubsidio